

Selección



CLARK CARRADOS

EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

299 — El lúgubre aullido de las lobas, *Clark Carrados*.
300 — La noche del reptil, *Curtis Garland*.
301 — Las brujas deben arder, *Clark Carrados*.
302 — La discoteca macabra, *Ralph Barby*.
303 — Noche tenebrosa, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 304
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 34.570 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El visitante se detuvo repentinamente ante un cuadro, en el que aparecía retratado un hombre, a tamaño natural ataviado con una gran capa roja.

Lawrence Tellsbury contempló durante algunos segundos aquel extraño retrato. El hombre de la capa roja había posado para el artista en actitud arrogante, alta la barbilla, el pecho fuera, la mano izquierda recogiendo ligeramente unos pliegues de la capa… La derecha, sin embargo, estaba escondida bajo aquella singular prenda, que parecía pintada con sangre, tan vivo era el color que el artista había sabido imprimir a su trabajo.

El hombre de la capa roja había sido un sujeto alto, delgado, pero no débil, de penetrantes ojos negros y abundante cabellera de color castaño oscuro. En el retrato aparecía con barba y perilla y el traje que vestía era de color verde oscuro, con chaleco, cruzado por una pesada cadena de oro del reloj, y camisa con encajes y botonadura de diamantes. En aquellas facciones, el artista había sabido imprimir una expresión de maldad infinita, pese a la aparente benevolencia del rostro. La maldad asomaba por cada uno de los detalles de aquella cara. Para Tellsbury, aquel hombre, sin duda alguna, se había gozado en los sufrimientos de los demás.

Curioso, se acercó al cuadro y examinó la firma.

—Una notable pintura —calificó.

—Sí, señor —contestó Edward Marston, conservador del edificio que había ido a visitar Tellsbury— Una notable pintura, para un notable personaje.

—¿Quién era? —preguntó el visitante.

—Lord Roderick Stynnes, señor. Fue el primer dueño de esta casa y, verdaderamente, y a pesar de los años transcurridos, su memoria no es muy grata en la comarca.

—Debía de ser una especie de demonio con figura humana, ¿no? —dijo Tellsbury chanceramente.

—Algo por el estilo, señor. Sir Roderick era dueño de gran parte de las tierras de la comarca y abrumaba a sus colonos con impuestos cada vez más oprimidos. Pero no era eso todo, sino que con frecuencia, organizaba cacerías para sus amigos.

—Bueno, eso suele ser corriente en las personas de cierta posición. Caballos, monteros, perros, las trompas que anuncian el principio de la cacería, la suelta del zorro…

—En el caso de sir Roderick, muchas veces no había zorro. Se cazaban hombres. Tellsbury se volvió lentamente hacia el anciano conservador de la mansión.

—No estará hablando en serio, señor Marston —dijo.

—Las actas del proceso que se siguió contra él, en mil ochocientos tres, lo prueban sin lugar a dudas. En no menos de seis ocasiones, sir Roderick

organizó cacerías de hombres para él y sus amigos.

—¡Caramba, con el lord! —Exclamó Tellsbury—. Debía de ser todo un pájaro de cuenta.

—Algunos decían, como usted mencionó antes, que era el mismísimo demonio. Yo no lo creo así; pienso, simplemente, que era un hombre malo. Aunque eso, claro, significa que se lleva el diablo en el corazón. No se paraba en nada, con tal de satisfacer sus caprichos. Nadie podía oponerse a sus deseos… ni siquiera cuando ordenaba que llevasen a su lecho alguna mujer de la aldea cercana. Tenía una serie de esbirros que le obedecían incondicionalmente… y pobre de aquel que intentara oponerse a los deseos de su señor. Lord Roderick, por otra parte, había conseguido una gran fortuna, al mando de un barco corsario, con el que había hecho numerosas presas. Eso le permitía sostener su tren de vida, pero no por ser rico dejaba de exigir los impuestos a sus colonos. La vida en Rowerstone era un infierno, créame.

—Me lo imagino. Pero ha hablado usted de actas de un proceso…

—Así es, señor. Al fin, las tropelías de sir Roderick fueron tantas, que llegaron a oídos de su Majestad. Fue necesario enviar toda una compañía de guardias para poder reducir al señor de Harreldane Manor, y así, encadenado como un criminal de derecho común, se le pudo llevar a Londres, en donde fue juzgado.

»El proceso fue muy sonado y salieron a relucir en él detalles horripilantes. En ocasiones, las sesiones fueron celebradas a puerta cerrada, tan espantosas eran las cosas que se contaban de sir Roderick y sus amigos. Se decía, incluso, que hacían barbacoa con las víctimas de sus cacerías humanas.

—Vaya gustos —rezongó Tellsbury. Aquel sir Roderick debía de haber sido de mente anormalmente depravada, pensó.

—Las declaraciones de los colonos no resultaron demasiado graves contra él, aunque el conjunto le resultase muy perjudicial. Pero el fiscal de su Majestad, con— venció a los otros testigos, es decir, a los amigos de sir Roderick, que podían librarse de ir a Tyburn, si declaraban contra él. Usted sabe que, en aquellos tiempos, el patíbulo público estaba en Tyburn.

—Sí, lo recuerdo. ¿Y…?

—Bien, los amigos accedieron a la petición del fiscal y ahí fue donde reventó todo. Por tanto, sir Roderick fue ahorcado públicamente. Sus compinches fueron a parar a presidio para el resto de sus días. Uno o dos, avergonzados, se suicidaron en la cárcel. Los otros murieron uno a uno, sin recobrar jamás la libertad.

Tellsbury volvió a mirar el cuadro.

—¿Por qué la capa roja? —preguntó.

—No han sabido nunca los motivos —contestó Marston—, Se dice que a sir Roderick le gustaba mucho impresionar a las gentes, cuando corría por los campos a todo galope, con su caballo negro como la noche…

Surgía de imprevisto, como una exhalación, emitiendo un horrible alarido… Me imagino que la visión de un hombre así ataviado debía de

impresionar muchísimo a las sencillas gentes de aquella época.

—Un toque de humor macabro —sonrió Tellsbury.

—Claro, le gustaba mucho burlarse de los demás… Pero, al final, el verdugo le estiró el pescuezo. Antes de que le pusieran la soga al cuello, sacó la lengua. Dijo que quería que se la viesen antes de que la presión de la lengua la hiciera salir, con lo cual venía a decir que no le gustaba hacer las cosas sino por su propia voluntad.

—Todo un carácter, amigo Marston. Y dígame, ¿dejó descendencia?

—Un hijo, pero no vivía aquí, en Harreldane Manor y, además, era todavía un muchacho de unos quince años. Cuando se hizo mayor, no quiso volver por esta mansión de infamia, aunque hizo que la cuidasen, por si alguien quería comprarla. Pero hace ya ciento setenta y cuatro años que nadie ha habitado esta casa.

—Y usted…

—Los sucesivos herederos del hijo de sir Roderick han tenido siempre conservadores de la propiedad. Yo soy el último, por ahora y, cuando fallezca, me sucederá mi hijo, espero.

—Eso quiere decir que hay un propietario de Harreldane.

—Sí, señor, vive en Londres y se llama Melissa Shean y, si lo desea, si le interesa adquirir la propiedad, puedo darle su dirección.

Tellsbury hizo un gesto de aquiescencia.

—Tal vez —contestó. Rió suavemente—. Si hay, si hubo algún maleficio, se habrá disipado ya con el tiempo.

Marston emitió una sonrisa de circunstancias.

—Yo vivo aquí. Mi mujer vivió conmigo años enteros. Nunca ha sucedido nada. La casa es grande, pero más confortable de lo que parece. Mi hijo está en Londres, en un bufete de abogados muy importante. A mí me cuida una mujer, que hace de todo…

Tellsbury consultó su reloj.

—Es ya un poco tarde —dijo.

—Oh, por favor, no se moleste en viajar de noche. Puede quedarse aquí, con entera confianza. Diré a la señora Lane que ponga un cubierto más en la mesa y que le prepare una de las habitaciones de los huéspedes. —Marston volvió a sonreír—. Quizá una noche en Harreldane Manor, le acabe de persuadir para comprar la propiedad.

—Es posible, en efecto —convino el visitante—. Agradezco mucho su ofrecimiento, señor Marston.

El conservador hizo un suave ademán.

—Por aquí, señor Tellsbury.

Los dos hombres se alejaron. Antes de salir, Tellsbury se volvió un instante y miró de nuevo el cuadro.

¿Sonreía el hombre de la capa roja?

Sacudió la cabeza. Era una ilusión suya. El juego de luces le hacía ver cosas que no eran sino fantasías propias.

* * *

Tellsbury despertó sobresaltado. Alguien le sacudía con fuerza.

—Vamos, vamos, arriba, que se hace tarde…

El visitante se sentó en la cama. Por la ventana entraba ya un poco de luz. También llegaban hasta él unos extraños sonidos, relinchos de caballos y ladridos de perros atraillados.

Había dos hombres, ambos ataviados según la moda de casi doscientos años antes.

Abajo, en la explanada, alguien probaba su trompa de caza.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó, aturdido.

—Arriba, hombre; la cacería va a empezar.

—Oigan, yo no he venido aquí a cazar…

—Ya lo creo que sí —rió uno de los monteros. El otro se acercó por el lado opuesto y, uniendo sus fuerzas a las de su compañero, levantó en vilo al huésped—. No puede defraudarnos; hemos estado aguardándole durante muchos años.

Tellsbury intentó protestar, pero todo fue en vano. Como en sueños, se vio conducido a la planta baja y de ahí a la explanada que había ante la mansión. Pasmado de asombro, vio el grupo de jinetes, todos ellos ataviados con trajes de caza, los monteros, con las traíllas de perras, las trompas que tocarían el «halalí»… y en el centro del grupo, los ojos de fuego del hombre de la capa roja.

Tellsbury no daba crédito a lo que le sucedía. Iban a hacerlo tomar parte en una cacería, cuya pieza principal sería algún pobre colono desgraciado…

Sir Roderick rió de pronto y su risa parecía provenir del mismísimo infierno.

—Bueno, ya tenemos la pieza —exclamó, con voz tableteante—. ¡Saltadla! Alguien propinó a Tellsbury un terrible empellón.

—¡Corra, quizá tenga una posibilidad! ¡Corra, corra!

Tellsbury cayó, apoyándose en ambas manos. Con ojos extraviados miró a su alrededor. Los caballos piafaban impacientes, mientras que los perros ladraban con furia, ansiando soltarse de sus traíllas para perseguir la presa. De repente, Tellsbury sintió un lancinante dolor en su espalda.

—¡Corre, especie de bastardo! —le apostrofó alguien.

El latigazo le hizo ponerse en pie de un salto. Otro látigo se enroscó en torno a su cintura. Los ladridos se hicieron más furiosos.

Enloquecido por el miedo y azuzado por un par de latigazos más, Tellsbury echó a correr. Era hombre joven todavía y se conservaba en buenas condiciones físicas. Mientras corría a través del bosque cercano, pensó que tal vez podría esquivar a los cazadores y a la jauría…

De repente, sonaron las trompas de caza. Tellsbury comprendió que

los perros habían sido soltados ya. Tras ellos iban los jinetes.

Corrió, corrió… Sudaba a chorros y el viento frío de la mañana daba en su cara. Corrió, hasta que los costados le dolieron y el corazón amenazó con reventar dentro de su propio pecho. Tras él, los ladridos sonaban cada vez más fuertes, más cercanos…

De repente, sintió un lancinante dolor en la pantorrilla derecha. Algo le hizo caer al suelo. Los aullidos de los perros hirieron agudamente sus tímpanos. Otras mandíbulas se cerraron furiosas en sus costados, en la otra pierna, en los brazos, en el cuello… Y entonces, dejó de ver y oír todo.

* * *

A la mañana siguiente, Marston, el conservador, subió al dormitorio ocupado por su huésped, en vista de que se retrasaba para el desayuno.

Marston llamó unas cuantas veces a la puerta, sin recibir la menor respuesta. Intrigado, y también preocupado, hizo girar el picaporte y abrió.

Lo vio claramente desde la puerta. El gran lecho, con dosel sostenido por columnas de madera ricamente tallada, estaba vacío.

CAPÍTULO II

Sentíase un poco cansado y decidió sentarse en el suelo, sobre la hierba, al pie de un árbol de frondosa copa. El paisaje era encantador y Barry Crane se dijo que merecía la pena un rato de contemplación.

A su izquierda, a unos dos mil metros, se divisaba el tejado de una casa. Más allá, en el fondo de una suave vaguada, por cuyo centro corría un riachuelo de aguas plateadas, se veía la aldea de Rowerstone. De algunas de las chimeneas salían tenues columnitas de humo, que se disipaban lentamente en la atmósfera, templada por la inminencia del verano, lo que originaba una especie de neblina dorada, que hacía parecer irreal el paisaje. Los objetos, a cierta distancia, se difuminaban agradablemente. Crane no se pudo contener y obtuvo unas cuantas placas con la cámara que le acompañaba en su excursión.

Al cabo de un rato, se puso en pie. Cuando se disponía a reanudar su camino, vio algo que blanqueaba entre los matorrales que cubrían el fondo de una zanja.

Atraído por la curiosidad, descendió a la zanja y apartó los ramajes con las manos.

Entonces vio algo que le dejó paralizado por el horror.

Todavía quedaban algunos jirones de ropa de aquel esqueleto, cuya desnuda dentadura parecía reír en macabra burla. Pero no cabía duda de que el desgraciado, cuyos restos estaba contemplando, había muerto mucho tiempo antes.

También divisó algunos objetos metálicos que no habían sido pastos de las alimañas: el reloj, un par de anillos, una pluma, entre los huesos del tórax… Los pocos trozos de ropa que quedaban estaban podridos, perdido incluso el color original.

Crane se rehízo de la sorpresa y abandonó la zanja. Miró a derecha e izquierda. Debía informar de su hallazgo, pero ¿a quién?

Rowerstone estaba a unos seis kilómetros. Tardaría hora y media en llegar. Claro que no tenía prisa… pero, de pronto, recordó la casa que había visto antes. Estaba mucho más cerca y, sin pensárselo dos veces, encaminó sus pasos hacia el lugar.

Veinte minutos más tarde, atravesaba una amplia explanada. Un par de perros ladraron al otro lado, seguramente encadenados a sus perreras. Cuando llegaba a la puerta, alguien abrió:

—¿Desea algo, señor? —preguntó la muchacha.

Crane se quitó cortésmente el sombrero de tela que llevaba puesto para protegerse de los rayos del sol.

—Dispénseme, señora —dijo—. ¿Tienen teléfono en la casa?

—Pues sí…

Un hombre de edad apareció de pronto en el amplio vestíbulo.

—¿Sucede algo, señorita Melissa?

—Este caballero —respondió la chica—. Desea telefonear, señor Marston. —Ella se volvió hacia el recién llegado—. Soy Melissa Shean, propietaria de la casa. El señor Marston, conservador.

—Encantado. Mi nombre es Crane, Barry Crane. Les ruego me permitan telefonear a la Policía. He encontrado el esqueleto de un hombre a unos dos kilómetros de distancia hacia el oeste.

—¡Un esqueleto! —repitió Marston. Melissa se estremeció.

—No hablará en serio, señor Crane.

—Hay cosas con las que no se puede bromear, señorita —contestó él —. Por favor, el teléfono…

—Un momento —dijo Marston—. ¿Ha podido darse cuenta de algún detalle en ese esqueleto?

—Bueno, yo no soy médico… Pienso que es de un hombre, porque aún tiene el reloj en la muñeca. La pulsera es metálica y se ha conservado…

Marston se pellizcó el labio inferior.

—Señor Crane, ¿quiere indicarme el lugar donde está el esqueleto?

—Por favor —terció Melissa—, nuestro visitante tiene quizá sed y no le hemos ofrecido siquiera un sorbo de agua. Un esqueleto no suele moverse del lugar en que se encuentra —añadió con encantadora sonrisa.

—Pues… sí, les agradecería un poco de agua fresca —dijo Crane—. La verdad es que hace bastante calor…

Marston se acercó a una de las paredes y tiró de una campanilla. Una mujer de mediana edad apareció a los pocos momentos y le ordenó que trajera bebidas frescas para todos. Crane observó que Marston y la muchacha hablaban unos instantes en voz baja. Al cabo de un momento, Melissa hizo un gesto de duda.

—No se puede afirmar nada todavía —dijo.

—Estoy seguro de que es él —manifestó el conservador—. No puede ser otro…

—Pero, entonces, ¿por qué lo hizo?

La sirvienta vino en aquel momento con una bandeja. Crane bebió unos sorbos de agua fresca. Aunque le ofrecieron brandy, no quiso tomar nada de alcohol.

—Y ahora, si me permiten…

—La señorita Shean se encargará de llamar a la Policía —dijo Marston—. Usted y yo iremos al lugar donde se encuentra ese esqueleto.

—Muy bien, no hay inconveniente —contestó Crane.

El camino de regreso duró algo más, debido a la edad del conservador, y a pesar de que ofrecía un excelente aspecto físico. Al fin, llegaron a la zanja.

Marston se arrodilló junto al esqueleto y examinó atentamente el reloj de pulsera y el anillo que había en uno de los dedos carentes de su envoltura carnal. Luego hizo lo propio con la pluma.

—No cabe la menor duda, es el —murmuró.

—Pero ¿quién era este hombre? —preguntó Crane, impasible. Marston se puso en pie.

—Lawrence Tellsbury —respondió—. Vino en el otoño pasado, para examinar la propiedad, ya que podía interesarle su compra. Se quedó una noche, porque se le había hecho tarde, pero a la mañana siguiente no estaba ya en su habitación.

—Usted pensó que se habría marchado sin despedirse —dijo Crane.

—Sí, aunque, por otra parte, me extrañó que no dejara siquiera una nota, advirtiendo de su marcha. Era hombre muy educado, muy correcto… ¿Cómo podía yo imaginarme que se le ocurriese vagar por los campos durante la noche y acabase aquí de tan mala manera?

—¿Tenía motivos para pasear de noche?

—No, aunque las personas, a veces, hacen cosas muy raras… Yo presentía que algo le había sucedido. Mis presentimientos, desdichadamente, se han convertido en realidad.

—Bien, pero si usted, el otoño pasado no sabía qué había sido de él y si conocía sus intenciones de comprar la propiedad, después de su marcha tan inesperada, debió de intentar ponerse en contacto con él.

—En efecto. Llamé a Londres, a su residencia, y alguien me contestó, seguramente, tomando su personalidad, puesto que dijo era el propio Tellsbury, que ya no le interesaba la operación. Lógicamente, ya no volví a preocuparme de él.

—Comprendo. —Crane forzó una sonrisa—. Ahora, estimo debemos aguardar aquí la llegada de la Policía.

—Es nuestro deber —contestó Marston escuetamente.

* * *

Al atardecer, volvieron a la casa. Los restos de Tellsbury habían sido conducidos ya a Rowerstone. Melissa salió a recibirles.

—Era el pobre señor Tellsbury —informó Marston. —Cuánto lo siento —dijo la muchacha.

—En su vagabundeo por la noche, debió de perder pie y rodó al fondo de la zanja. Se rompió una pierna y nadie pudo oír sus grifos en demanda de socorro.

Melissa se estremeció.

—Una muerte horrible —calificó—. Señor Crane, si lo desea, puede quedarse a pernoctar en mi casa. Imagino que debe de sentirse bastante fatigado…

—No querría causarles molestias —sonrió Crane—. Viajo a pie, por lo que no dispongo de coche para ir hasta Rowerstone y tomar una habitación en algún hotel.

—En casa hay habitaciones de sobra —aseguró la muchacha.

—Mil gracias, señorita Shean.

Melissa le condujo hasta un salón, en donde le sirvió una buena dosis de whisky. Fue entonces cuando Crane reparó en el retrato del hombre de la capa roja.

—Una pintura de notable valor —observó, mientras la contemplaba a unos pasos de distancia, con la copa en la mano.

Melissa se echó a reír.

—Fue uno de mis antepasados, aunque no puedo enorgullecerme de él —dijo—. Acabó en la horca.

—Por conspirar contra su Majestad, seguramente.

—Nada de eso. Por asesino.

—Debió de ser un crimen horrible.

—Fueron muchos y, aunque esto quedaba, entonces, lejos de Londres, las noticias de lo que sucedía aquí, acabaron por llegar a los oídos de un fiscal celoso de su deber.

—Harreldane Manor no está tan lejos de Londres, señorita. Se puede llegar en menos de cuatro horas…

—Entonces, no había automóviles ni autopistas.

—Oh, es verdad —sonrió Crane—. Había olvidado la época en que sucedió todo esto. Aunque no sé todavía en qué consistían los crímenes de que se le acusaban.

Melissa le explicó la historia. Al terminar, Crane se sentía muy impresionado.

—Sí, merecía la horca, sin duda alguna —dijo—. Y usted es descendiente de sir Roderick…

—El apellido duró hasta que sólo quedó una hembra, mi abuela. Al casarse, tomó el apellido de Shean, el de su esposo, lógicamente. Yo soy hija del único hijo de mi abuela, la última de la estirpe de los Stynnes. Sin embargo, quedan otros parientes, aunque ya es una línea colateral; la nuestra era la directa, a partir de sir Roderick.

—Entiendo. ¿Se siente abrumada por descender de aquel personaje?

—Oh, no, en absoluto. Al cabo de casi dos siglos, bueno, ciento setenta y cuatro años, no tengo por qué sentir ninguna vergüenza de mi ascendencia" No voy a considerarme culpable de unos horribles crímenes, que se produjeron hace tanto tiempo.

—Desde luego. Es una pregunta que no debí haber formulado… pero, dígame, ¿es que sigue interesándole la venta de la propiedad?

—Por supuesto. Tiene muchos gastos y los beneficios que me reporta al cabo del año son mínimos. Naturalmente, hay un conservador y, si vendo el Manor, el comprador deberá aceptar una cláusula en la que se obligue a seguir manteniendo al señor Marston en su actual empleo, hasta el día de su muerte.

—La casa es grande y debe de tener muchos recovecos, aunque, sin duda, Marston debe de conocerlos perfectamente, ¿no es así?

—Indudablemente. Pero —Melissa sonrió—, a pesar de ello, todavía no ha podido encontrar la capa roja de sir Roderick.

Crane alzó las cejas.

—¿Tiene esa prenda algún interés? —exclamó.

—Si se hace caso de la leyenda, desde luego.

—¿Qué leyenda?

—Sir Roderick había conseguido una gran fortuna, al mando de su barco corsario. Cuando presintió que sus días de sangre y muerte estaban a punto de terminar, escondió gran parte de su fortuna y dejó la clave para encontrarla en alguno de los pliegues de la capa roja. Tenía un hijo y quería que disfrutase de aquella enorme suma de dinero. Pero, según las noticias que tenemos, el hijo de sir Roderick, no llegó a encontrar el tesoro. Murió en España, actuando en el ejército expedicionario que luchaba contra los franceses, a las órdenes de lord Wellington. Incluso se dice que quiso borrar con su muerte la vergüenza de ser el hijo de un famoso criminal.

—Es probable que así fuese —convino Crane—, Y, por tanto, el tesoro sigue en Harreldane Manor…

Melissa sonrió abiertamente.

—Para mí, el verdadero tesoro está en la casa. Si la vendo, cedo todas las monedas de oro de ese botín a mi comprador —contestó con jovial acento. Luego, un poco más seria, añadió—: La verdad es que me vendría muy bien el importe de la venta. Pero los tiempos que corren no son los mejores para gastar una gran suma en la compra de algo que, bien mirado, sólo sirve para el recreo.

—Hay tierras alrededor. Podrían dedicarse a la agricultura…

—La mayor parte son bosques y, para conseguir beneficios aceptables, sería preciso talar una gran cantidad de árboles. En realidad, esto es un inmenso parque… una especie de elefante blanco.

—Sí, costoso de comprar y aún más de mantener. De todas formas, no pierda la esperanza; en este mundo, siempre hay gente caprichosa y con dinero de sobras.

La señora Lane asomó en aquel momento por la puerta.

—Señorita Melissa, la cena está servida —anunció.

—Gracias, Betsy —dijo la muchacha—. ¿Quiere venir, señor Crane?

Aquella noche, Crane tardó mucho en conciliar el sueño. El retrato de sir Roderick ocupaba gran parte de sus pensamientos. Debían de haber sido unos crímenes harto espantosos, cuando un hombre de su posición había sido ahorcado en Tyburn como un rufián, sin haber podido obtener el perdón real. Pero aquellos horrendos sucesos quedaban muy lejos… en los finales del siglo XVIII y principios del XIX…

Hombres perseguidos como alimañas, capturados por los perros, asados en las brasas y devorados luego por los cazadores como exquisito manjar… ¿A qué depravación no habían llegado sir Roderick y sus compañeros de tropelías?

El sueño le venció al fin.

* * *

De pronto, se encontró en el campo, corriendo desesperadamente. Detrás de él sonaban las trompas de caza, los aullidos de los perros…

Los arbustos desgarraban sus ropas, los guijarros del suelo herían sus pies… Le faltaba la respiración, el corazón parecía a punto de estallar dentro de su pecho…

Ya sentía en su espalda el maligno aliento de los perros. Tropezó, consiguió levantarse, ganó unos metros… Un perro saltó sobre su espalda, cayó al suelo, sintió infinidad de mordiscos… Gritó despavorido, pero nadie hizo caso de sus demandas de auxilio…

Bruscamente, los perros fueron apartados. Alguien le hizo volver con el pie y quedó boca arriba. En sus ojos apareció la imagen de un hombre envuelto en una capa roja. El hombre sonreía perversamente, con la sonrisa de un demonio…

—Buen banquete —dijo de pronto—. Encended la hoguera, afilad los cuchillos, abrid los barriles de vino y cerveza…

Los perros ladraban impacientes, esperando su ración de huesos y despojos. Crane estaba todavía vivo, veía y oía todo con absoluta claridad, en plena consciencia…

De pronto, aquel ser infernal se arrodilló a su lado. Empuñaba un cuchillo de caza.

—Conviene desangrar la carne —dijo—. Está más sabrosa. El cuchillo hirió la garganta de la víctima.

Crane sintió un agudísimo dolor en el lado izquierdo del cuello. Y entonces, empapado de sudor, despertó.

Durante unos segundos, permaneció en la misma postura. No tardó en darse cuenta de que estaba en mala situación, con el brazo izquierdo encogido y la mano apoyada precisamente en aquella parte del cuello donde había creído sentir la penetración del cuchillo de caza.

Encendió la luz. Sentado en la cama, sacudió la cabeza.

Todo había sido una pesadilla, motivada por varias causas: la cena, copiosa — prácticamente, no había comido nada desde el desayuno y era hombre joven y de magnifico apetito—; la leyenda de sir Roderick y sus salvajes cacerías humanas… y la presión involuntaria de la mano contra su cuello.

—¡Qué horror! —murmuró, sin poder contenerse.

Respiró fuerte varias veces. Luego fue al baño y se refrescó un poco la cara. Reinaba un silencio absoluto.

De pronto, creyó oír rumor de cascos de caballo lanzado al galope.

Corrió hacia la ventana. A la luz de la luna, en plenilunio, pudo ver un espectáculo singular. Un jinete corría desaforadamente hacia el bosque y su capa roja, que debido a la hora casi parecía negra, ondeaba al viento, como una bandera de muerte. De pronto, caballo y jinete se hundieron en la



espesura y desaparecieron de la vista del atónito huésped de Harreldane Manor.

CAPÍTULO III

—Si quiere, puedo llevarle a Londres en mi coche —se ofreció Melissa a la mañana siguiente.

—Se lo agradezco mucho, pero no tengo intención de volver a la capital, al menos por ahora —manifestó Crane.

Ella le miró con cierta curiosidad. Crane sonrió.

—Estoy haciendo una excursión a pie, que durará algunas semanas todavía —explicó—. Tengo la intención de hacer muchas fotografías y seleccionar las mejores, para publicar un libro que me encomendaron hace algún tiempo. Bueno, en parle, la idea fue mía. Se han publicado muchos libros con fotografías del país, pero la mayor parte tienen mucho de rutinarias, son casi todas reproducciones de lugares demasiado vistos.

—Ya —sonrió la muchacha—. Usted quiere lograr paisajes inéditos.

—Efectivamente. Además, el libro será una especie de guía para los amantes de las excursiones a pie por lugares poco concurridos… algo así como una guía para personas que quieran sentirse un poco… digamos en un país desconocido, al cual desean explorar… No sé si me entiende…

Melissa asintió comprensivamente.

—Sí, le entiendo y creo que es una excelente idea. Bien, yo le hice una oferta sincera…

—Gracias, de todos modos, y gracias también por la hospitalidad. Me gustaría visitarla a mi regreso a Londres.

—Será un placer —aseguró la muchacha. Marston entro en aquel momento.

—Ya no hay duda alguna —dijo—. Los restos pertenecían a Tellsbury.

Sobrevino un momento de silencio. El conservador se sentó. Melissa le llenó una taza.

—La viuda ha llegado a Rowerstone y ha identificado plenamente los restos encontrados ayer —añadió.

—Es curioso —dijo Crane—. Tellsbury estuvo aquí, pero llegaría en coche, supongo.

—En efecto —admitió Marston—. Cuando desapareció, yo avise a la viuda y ella vino poco después y se llevó el coche y el pequeño equipaje que su esposo había traído consigo.

—Ah, ya. —Crane apuró su última taza de té y se puso en pie—. Les doy nuevamente las gracias por todo, creo que debo seguir mi camino.

Sacó dos tarjetas de visita y entregó una a cada uno de sus interlocutores.

—A partir del otoño, me tendrán en esa dirección para lo que gusten mandar —dijo. Por unos momentos, pensó en mencionar la visión que había tenido del hombre de la capa roja cabalgando desaforadamente en la noche,

pero le pareció que podía hacer el ridículo y prefirió callar. Tal vez, a pesar de todo, la pesadilla había continuado.

Melissa le acompañó hasta la puerta.

—Deseo que tenga mucho éxito en su libro —sonrió.

—Y yo le digo lo mismo con respecto a la venta de la casa —contestó él.

Ya se había cargado la mochila a la espalda. Estrechó la mano de Melissa y echó a andar.

Unos minutos después, cuando ya estaba en el bosque, vio algo que le dejó petrificado por el asombro.

Las huellas estaban frescas, recientes. Hasta el más lego en la materia habría comprendido que un caballo había pasado por aquel lugar pocas horas antes.

* * *

A veces, Crane recordaba todavía la pesadilla padecida durante la única noche pasada en Harreldane Manor. Una o dos veces volvió a tener sueños relacionados con el hombre de la capa roja, pero no resultaron tan horribles y, sobre todo, en ningún momento dieron la sensación de agobiante realidad producida por aquella espantosa pesadilla. Sin embargo, había una duda que corroía su mente.

¿Había visto realmente al hombre de la capa roja, galopando en su caballo negro como la noche? Las huelas encontradas a la mañana siguiente así parecían probarlo, pero ¿no podían pertenecer a la cabalgadura de algún vecino de las inmediaciones?

El trabajo fue absorbiendo sus preocupaciones y así llegó un momento en que prácticamente olvidó aquel asunto. Cuando se avecinaba la primera mitad de setiembre, regresó a Londres.

Durante un par de semanas, se enfrascó a fondo en el trabajo de elegir las fotografías más adecuadas para su libro. Hizo una primera selección y después una segunda, aún más severa que la primera. Pero con todo, no quedó contento y decidió tomarse un corto período de reflexión y descanso. Entonces, al segundo día de ese período se encontró inesperadamente con una antigua conocida.

Tratábase de una hermosa mujer, de unos treinta años, divorciada, en buena posición económica y de trato encantador. Hacía tiempo que no se veían y el encuentro alegró extraordinariamente a ambos. Vivian Kelville había recobrado su apellido tras el divorcio y manifestó sentirse cruelmente decepcionada del matrimonio.

—Hombre, no, sólo de un matrimonio —dijo Crane de buen humor —. Por cierto, ¿qué hace tu hermano?

Vivian se encogió de hombros.

—Philip anda con sus negocios. Tiene cuatro años más que yo y,

cómo puedes comprender, nuestras vidas se desarrollan con absoluta independencia. Ni siquiera vivimos en la misma casa, aunque, eso sí, nos vemos con bastante frecuencia.

—Me alegro muchísimo. Salúdale en mi nombre cuando lo veas.

—Espera, Barry —dijo Vivian—, ¿Tanta prisa tienes? ¿Por qué no tomas una copa conmigo, y en mi casa? Está a menos de cien pasos…

Crane contempló un instante a la hermosa joven que tenía ante sí. Vivian Kelville era realmente atractiva. Y él no tenía otra cosa que hacer.

—Acepto encantado —respondió.

* * *

El encuentro se había producido a las tres de la tarde y eran las cinco. Crane y Vivian se abrazaban y besaban ardientemente, acariciándose con furor. Las manos y las bocas actuaban constantemente. De pronto, Vivian empezó a recorrer con los labios todo el cuerpo de Crane. El joven se dejaba hacer, pero, al cabo de unos segundos tiró de ella y la hizo caer sobre sí.

Estaban en, la cama, sin una sola prenda de ropa. Vivian gimió y cerró los ojos, mientras su cuerpo se contorsionaba de placer. Las manos del hombre estrujaron unos momentos sus senos redondos, duros. Al cabo de unos momentos, sobrevino el estallido sensual, una explosión de placer, que les hizo creer estaban fuera de este mundo durante algunos momentos. Agotados, quedaron el uno junto al otro, estrechamente abrazados, en silencio, unidos los desnudos cuerpos sudorosos.

Al cabo de un rato, Vivian se levantó.

—¿Por qué no preparas algo de beber? —sugirió, con hechicera sonrisa.

—Claro, mujer.

Crane abandonó la cama y fue al salón, en donde había lo suficiente para preparar unos buenos tragos. Vivian vino minutos más tarde, cubierta con una bata muy corta, que dejaba al descubierto sus espléndidas piernas hasta más arriba de medio muslo.

Los vasos chocaron. Crane dijo:

—Por nuestro encuentro.

—Digo lo mismo —sonrió Vivian. Estaba realmente atractiva, casi sin maquillaje y con el largo cabello rojo suelto por la espalda.

—Pero te encuentro un defecto —objetó él.

—¿Cuál, Barry?

—Mírame. ¿Cómo estoy yo? Vivian sonrió maliciosamente.

—Quieres disfrutar del espectáculo, ¿eh?

—¿Hay vecinos mirones?

—No. A menos que usen un telescopio astronómico —Entonces, déjame que disfrute.

Casi no he tenido tiempo de verte…

El teléfono sonó en aquel momento. Vivian dejó el vaso a un lado.

—Dispensa, Barry.

Levantó el aparato y pronunció su nombre. Casi enseguida, exclamó:

—Ah, eres tú, Phil… Me alegro oírte… ¿Quieres algo de mí? Vivian escuchó durante unos segundos.

—Bueno —dijo a poco— si el asunto resulta interesante, sí, claro, podría ayudarte con un par de miles… pero antes, como puedes comprender, me gustaría examinar la propiedad… Ah, tú irás a verla mañana… Bien, a pesar de todo, cuando regreses, llámame y concretaremos algo sobre el particular… De modo que esta noche cenas con la propietaria… Bueno, tú verás; tienes labia suficiente para conseguir una rebaja sustanciosa… ¿Cómo has dicho que se llama? No, no la conozco. Estarás allí un par de días… Bien llámame en cuanto regreses. Adiós, querido.

Crane estaba situado detrás de la joven y pasó las manos por delante para soltarle el cinturón de la bata, que se abrió de inmediato. Vivian soltó una risita y se dejó quitar la única prenda que cubría su cuerpo, de rotundos contornos. Situado tras ella, Crane hizo que sus manos ascendieran hasta los hermosos senos de la joven y pellizcó suavemente sus rosados vértices, que se endurecieron en el acto.

Vivian suspiró ardientemente. Crane la atrajo hacia sí. La espalda de la joven quedó pegada a la suya. Vivian alzó una mano y la echó hacia atrás, para acariciar la mejilla de su invitado.

—Eres terrible —murmuró.

—¿Quién no lo sería, con una mujer como tú al lado?

De pronto, Vivian se volvió y colgó los brazos del cuello de Crane. Las dos bocas se confundieron en un beso volcánico. Las lenguas chocaron entre sí, se buscaron y se rehuyeron, en un combate que, a cada segundo que transcurría, alcanzaba temperaturas más elevadas.

—Esto no puedo seguir así —jadeó ella, pasados unos momentos.

—Tienes mucha razón —convino Crane, mientras paseaba sus labios por el hueco entre el cuello y el hombro. Inició un viaje hacia el tenso seno izquierdo—. No puedo seguir así. Hay que ponerle punto final.

—¿Cómo, querido?

—Osa tu imaginación. —Los labios de Crane aprisionaron el pezón y ella se convulsionó casi epilépticamente.

—¡Barry! —gritó, mientras su mano se crispaba sobre la nuca del joven.

De pronto, Crane se separó un poco, lo justo para alzarla en sus brazos. Vivian se dejó llevar con los ojos cerrados, dispuesta a sumergirse en el placer. Cuando llegó el instante supremo, exhaló un agudo quejido y se quedó inmóvil, casi como muerta.

Al cabo de unos segundos, sin embargo, abrió los ojos y sonrió.

—Me gustaría ser una mujer inmensamente rica. Te compraría y te tendría sólo para mí —dijo.

Crane se sintió halagado por aquellas palabras.

—A veces, no hace falta dinero para tener a un hombre —contestó.

—De todas formas, eso me haría sentirme más segura…

—Creí que estabas desengañada de los hombres, Vivian.

—De uno solo, nunca dije que de todos.

—Hoy ha salido bien y quizá mañana y el año que viene. Luego, llega la rutina y si las dos personas que componen un matrimonio no se aman, puede sobrevenir la decepción —dijo él filosóficamente. Buscó cigarrillos, encendió dos y pasó uno a su anfitriona, que estaba recostada sobre los almohadones del lecho—. ¿Qué sucede con Philip? ¿Te proponía colaborar en un negocio de los suyos?

—Si —respondió Vivian, después de exhalar una bocanada de humo —. Quiere comprar una propiedad en el Norte, a unas cuatro horas de Londres. Precisamente esta noche cena con la propietaria, Melissa Shean, para discutir las condiciones, caso de que a Phil le guste la finca.

Crane se puso rígido bruscamente.

—¿Has dicho Melissa Shean? —exclamó.

—Si —confirmó ella. Y, extrañada, preguntó—: ¿Acaso la conoces?

—La propiedad se llama Harreldane Manor y tiene una curiosa leyenda —dijo Crane, muy serio.

—Habrá un fantasma —supuso Vivian, de buen humor.

—No lo sé, pero yo vi… O quizá creí ver…

Vivian se volvió un poco y quedó recostada sobre un codo.

—¿Por qué no me cuentas la leyenda? Por lo que puedo deducir, estuviste una vez en ese sitio.

Crane asintió y empezó a hablar durante unos minutos, al cabo de un rato, Vivian dijo:

—Por lo que has dicho, todo sucedió con, digamos, cierta normalidad. No hay nada que permita suponer que se trate de un crimen. Ni tampoco de la obra de un fantasma. De todas formas, hablaré con mi hermano mañana por la mañana. Si te parece…

—Bueno, no estaría de más que fuese prevenido —convino Crane.

—El hombro de la capa roja —murmuró ella—. Y la capa roja está en alguna parte y en ella está el secreto del tesoro de sir Roderick.

—Eso dice la historia. Si es o no verdad—…

—Si no es verdad, está muy bien inventado. ¿No dicen eso los italianos? —rió Vivian.

—*Se non é vero, é ben trovato* —recitó él.

Y luego, preocupado, se preguntó si había sido realidad la visión del caballero, galopando en la noche, con la capa roja flotando al viento.

Pero Vivian estaba a su lado, era una mujer muy bella y ardiente y pronto olvidó la siniestra leyenda de Harreldane Manor.

CAPÍTULO IV

Melissa abrió la puerta y se sorprendió enormemente al reconocer a su visitante.

—¡Señor Crane!

—¿Cómo está, miss Shean? —saludó él. Melissa se echó a un lado.

—La verdad es que no le esperaba y menos a esta hora tan temprana… Crane consultó su reloj.

—¿Las diez de la mañana?

—Bueno, yo quería decir temprana, refiriéndome a usted, un hombre que tendrá sus ocupaciones…

—Mis ocupaciones me permiten cierta libertad, miss Shean. De todos modos, agradezco que haya accedido a recibirme.

—Por Dios, no pensará que iba a echarle a la calle… ¿Quiere un poco de té, señor Crane?

—Sí, gracias.

Melissa volvió a los pocos minutos con una bandeja en las manos. Después de llenar las tazas, miró de frente a su huésped.

—A usted le pasa algo —manifestó—. Hace ya unos meses que nos conocimos y, si quiere que Je diga la verdad, pensé que vendría a verme antes. Pero no lo ha hecho hasta hoy… ¿Por qué?

—Verá, en primer lugar, tuve mucho trabajo… En segundo, ayer estuve con una dama conocida de antiguo. Conozco también a su hermano, Philip Kelville.

—¡Kelville! —Se sorprendió Melissa—. Quiere comprar Harreldane Manor.

—Lo sé. Yo estaba con la hermana de Philip, cuando este la llamó, para decirle que iba a cenar con usted. Durante la cena, tengo entendido, discutirían los términos de la posible operación.

—Sí, en efecto, estuvimos cenando juntos. Pero aún no hay nada decidido. Kelville irá hoy al Manor y lo examinará a fondo. El precio le pareció un tanto alto, aunque tampoco voy a ceder la propiedad por un par de libras. A fin de cuentas, no podemos olvidar que la casa está rodeada por una vasta extensión de terreno, con mucho arbolado.

—Es cierto. Pero yo… Crane se mordió los labios.

—Vamos, sea sincero y dígame qué le preocupa —pidió la muchacha. De pronto, se echó a reír.

—No irá a decirme que Tellsbury murió a manos del hombre de la capa roja y de sus infernales amigos —exclamó jovialmente.

—No, no se me ocurriría decir una cosa semejante, pero… Hubo un momento de silencio. Luego. Crane prosiguió:

—Aquella noche, me refiero a la que pernocté en el Manor, tuve una horrible pesadilla. Creí ser una de las víctimas de sir Roderick, me vi

corriendo a través de los campos, perseguido por las jaurías de perros, escuché las trompas de caza, creí sentir los mordiscos de los canes; sir Roderick se inclinó sobre mí y clavó en mi cuello su cuchillo de caza para rematarme… Desperté empapado en sudor, hasta el punto de tener que ir al baño y refrescarme la cara un poco…

Melissa sonrió comprensivamente.

—Fue una horrible pesadilla, sin duda alguna —convino—. Pero puedo recordar que cenó con magnífico apetito, quizá un tanto excesivamente. Si a ello unimos la impresión que pudo haberle causado la leyenda, esa pesadilla queda explicada de una manera enteramente lógica y racional. ¿No lo cree así, Barry?

El joven asintió.

—Sí, yo también pensé lo mismo —respondió—. Aquella noche cenó como una fiera; no había tomado nada desde el desayuno y tenía mucho apetito. Pero luego ocurrió algo y esta vez, puedo jurarlo, me encontraba completamente despierto.

—¿Qué pasó? —preguntó Melissa, muy intrigada.

—Ya le he dicho que tuve que ir al baño para refrescarme la cara. Al volver a la habitación, oí ruido de cascos de caballo, irte acerqué a la ventana. Era noche de luna llena. Un jinete pasó galopando… y pude ver su caballo negro y su capa roja flotando al viento…

—Barry, eso debió formar parte de la pesadilla —exclamó la joven.

—A veces, yo lo pienso así. Pero a la mañana siguiente, después de abandonar el Manor, pasé por el mismo sitio y encontré huellas frescas de herraduras.

Sobrevino un instante de silencio. Melissa miraba incrédula a su visitante.

—No hablará en serio. Barry —dijo al cabo.

—Melissa, cuando nos despedimos, ¿observó en mi algo extraño? ¿Estaba bebido? ¿Parecía sujeto a alucinaciones?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Yo no escuché ruidos de galope de un caballo…

—El caballo pasó a cierta distancia de la casa y yo estaba despierto. Una persona que dormía profundamente, como usted, es seguro que no oyó el golpeteo de los cascos del animal lanzado al galope.

—Es probable que tenga razón. De todos modos, es preciso pensar que el Manor está en una zona eminentemente rural. A pesar de la mecanización del campo, todavía quedan muchos animales, y no me refiero sólo a aves de corral, cerdos y otros por el estilo. Aún hay mulas y caballos… Y alguien, quizá, tuvo que correr para avisar al médico y pasó en su caballo por las inmediaciones del Manor.

Crane hizo una mueca. En apariencia era una explicación lógica. Sin embargo, tenía sus dudas, aunque se abstuvo de expresarlas.

—Bien, como sea, me gustaría que pudiera vender el Manor —sonrió

—. Y que sea por un buen precio.

—Tom me ha indicado cuál es el más conveniente —respondió ella —. Tom es el hijo de Marston, el conservador. Trabaja aquí, como abogado…

—Sí, ya me lo dijo su padre. Por cierto, Melissa, ¿no se le ha ocurrido nunca buscar la capa roja?

—Alguna vez, lo he intentado, pero sin resultados —contestó ella—. No confío demasiado en esa leyenda; como le dije una vez, prefiero vender la propiedad. Eso sí me resultaría muy positivo.

—Deseo que consiga sus propósitos. —Crane se puso en pie—. Siento haberla molestado.

—Al contrario, ha sido un gran placer. Por cierto, ¿cómo va su libro? Ya tengo ganas de enterarme que ha sido publicado.

—Aún tardará unos meses. Por supuesto, le enviaré un ejemplar, apenas esté a la venta.

—Dedicado, naturalmente —sonrió Melissa.

—No faltaría más.

* * *

Estaba sumido todavía en el mejor de los sueños, cuando unas fuertes manos lo zarandearon sin piedad, despertándolo bruscamente.

—Vamos, arriba, arriba…

Philip Kelville abrió los ojos, terriblemente sobresaltado.

—Pe, pero ¿qué pasa…? ¿Quiénes son ustedes?

—La cacería va a empezar. Arriba, no podemos perder ya mucho tiempo.

A través de la ventana, Kelville oyó piafar de caballos y ladridos de perros impacientes por perseguir a la presa.

—Esto debe de ser una *surprise-party*, ¿no? —sonrió—. Bueno, nadie me anunció nada parecido, pero si lo creen conveniente, les seguiré el hilo.

Miró hacia la ventana y se estremeció. Aún faltaba mucho para que saliera el sol y él no estaba acostumbrado a madrugar tanto, ni mucho menos.

Los hombres estaban ataviados con trajes de monteros. Eran jóvenes, hoscos, duros… Kelville empezó a sentir aprensiones.

—Vamos, no se entretenga…

—Diablos, al menos, dejen que me vista.

—No le hacen falta ropas. Kelville frunció el ceño.

—Oigan, esto ya pasa de una broma. Si creen que voy a dejarme tomar el pelo… De pronto, lanzó un agudo grito.

La espalda le quemaba. Un látigo le había golpeado con inusitada dureza.

—Abajo, bastardo…

Dos fuertes manos le arrancaron de la cama. El látigo actuó una vez más. Kelville saltó hacia adelante. Los monteros le empujaban

despiadadamente hacia la puerta.

Lleno de pánico, corrió, corrió… Detrás de él, sonaban recias pisadas de botas de montar.

La puerta estaba abierta de par en par. Cuando salió al exterior, oyó los aullidos de los perros impacientes. Vio unos jinetes, hombres, y también algunas mujeres, que reían burlonamente. Uno de los jinetes se cubría con una gran capa roja.

Sonó una trompa de caza. Un par de crueles latigazos en las posaderas y en los muslos le hicieron saltar hacia adelante. Lleno de pánico, Kelville huyó, huyó…

Los perros fueron a su alcance y lo derribaron cruelmente. Desesperado, Kelville intentó cubrirse la garganta. Un horrible alarido brotó de sus labios al sentir un feroz mordisco en el costado izquierdo.

Las fuerzas empezaron a abandonarle. Alguien apartó a los canes, usando el látigo con liberalidad. Sintiéndose desfallecer, Kelville hizo un esfuerzo y se volvió boca arriba.

Alguien se arrodilló a su lado.

¿Se había reencarnado sir Roderick?

En torno a él había un grupo de jinetes y amazonas, que sonreían burlonamente, satisfechos de la cacería. De pronto, vio un cuchillo en la mano del hombre de la capa roja.

El grito que iba a lanzar quedó ahogado por la penetración del acero. Kelville pateó frenéticamente, en las últimas convulsiones de la agonía. Pronto se hizo todo negro, pronto dejó de ver a los cazadores… pronto dejó de ver y oír y se sumió en una noche negra, silenciosa e infinita.

* * *

Dos días después de su entrevista, Melissa hizo una llamada telefónica.

—Lo siento —dijo—. Kelville no ha «picado».

—¿No se ha decidido? —preguntó Crane innecesariamente.

—Más que el precio en sí, influyó en su decisión el relativo aislamiento del Manor. Comprenda, son doce kilómetros largos los que hay hasta el primer punto habitado.

—Eso no debería de ser considerado como un inconveniente insalvable. La carretera no es que sea una autopista, pero está en buenas condiciones. Además, hay teléfono.

—Es el inconveniente de las casas que fueron en tiempo residencias feudales o poco menos. Sir Roderick no quería demasiada gente alrededor, salvo la servidumbre y los esbirros que eran una especie de guardia personal suya. Había un par de edificios, para alojamiento de la servidumbre y los guardias, pero los derribaron hace muchísimos años, cuando mi bisabuelo era todavía un niño.

—Melissa, ¿dijo Kelville para qué quería el Manor, si se decidía a comprarlo? — preguntó Crane.

—Bueno, mencionó algo sobre un casino, un lugar para esparcimiento. No concretó gran cosa, créame.

—Un casino —murmuró él—. Podría ser… pero está demasiado lejos.

—Sí —suspiró la muchacha—, ése es el principal inconveniente de Harreldane. En fin, seguiré cargando con el elefante blanco, hasta que surja un valiente que me libre de ese peso.

—Me gustaría ser ese valiente, pero, por desgracia, mis bienes de fortuna no son tantos como para permitirme semejante lujo.

—Gracias… Barry.

—A su disposición siempre, ya sabe. ¿Ha hablado con Kelville? Lo pregunto para saber si dijo una excusa sincera.

—Pues, no; Kelville no me ha dicho nada. Fue Tom Marston el que me lo anunció esta misma mañana por teléfono.

—Melissa, ¿puedo sugerirle una idea?

—Claro —accedió la muchacha.

—Ya sé que se trata de una leyenda, que tal vez la fantasía es muy grande… pero no olvidemos que, en el fondo, todas las leyendas nacieron de aleo real.

—Sí, Barry. ¿Y bien?

—La capa roja. Está escondida en el Manor.

—No he podido encontrarla…

—¿No habrá por alguna parte unos planos del Manor? Tuvo que haber un arquitecto, unos albañiles, unos operarios… Esa clase de edificios no se levantaban sin unos planos muy bien hechos.

—Usted trata de sugerirme que debo buscar los planos.

—Exactamente.

—Porque piensa que, en alguna parte, hay una habitación secreta.

—Eso es lo que pienso, Melissa. Ella guardó silencio un instante.

—Trataré de indagar sobre el particular —dijo al cabo—. Puede ser una buena idea, en efecto.

—Aguarde un momento —exclamó él—. Acabo de recordar algo que puede ser interesante.

—¿Sí, Barry?

—Tengo un amigo. Es arquitecto y aficionado a la historia de la arquitectura rural, no sólo de las viviendas de campesinos, sino de toda clase de edificios que fueron construidos lejos de las grandes ciudades. Hablaré con él, si le parece.

—Oh, no quiero que se moleste. Déme su nombre y dirección y yo misma iré a visitarle. Aunque, eso sí, me gustaría que le anticipase algo por teléfono.

—De acuerdo.

Aquella misma tarde, Crane habló con Harold Been, el arquitecto. Been le prometió hacer cuanto estuviera en sus manos, para complacer a la muchacha, y, en efecto, admitió como muy posible la existencia de una habitación secreta.

—Lo difícil será hallar los planos —dijo Been—. Una vez los tengamos en la mano, el resto será tan sencillo como abrir una puerta que no está cerrada.

—Eres todo un humorista —rió el joven—. Pero ¿qué pasaría si, por ejemplo, el propietario hubiera dado orden al arquitecto de no reflejar la habitación secreta en los planos?

—Entonces, en alguna parte, aparecería una diferencia de medidas. Si, como sugieres, esa habitación no está en los planos y en el Manor hay una habitación que figura con siete metros de anchura, pero sólo tiene cinco…

—Entiendo —dijo—. Con los planos en la mano, la trampa tiene que salir a la fuerza.

—Sin la menor duda —confirmó Been enfáticamente.

CAPÍTULO V

Transcurrieron un par de semanas. Inesperadamente, Crane recibió una llamada de Vivian Kelville.

—Mi hermano ha desaparecido. Crane se sobresaltó.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber, Barry. Fue a Harreldane Manor. Lo recuerdas, supongo.

—Sí, es cierto.

—Bien, desde el día de su marcha, no he vuelto a tener noticias suyas. Dijo que me llamaría apenas regresara, para comunicarme su decisión sobre la compra. Pero no sé nada…

—A mí me dijo la dueña que a tu hermano no le interesaba la operación —manifestó Crane.

—¿Cómo lo supo ella?

—Oh, por su representante. Por lo visto, Phil se puso en contacto con él. Eso es todo lo que yo sé, Vivian.

—Barry, estoy muy preocupada. Oh, perdona, están llamando a la puerta. Volveré a llamarte enseguida.

Crane oyó el ruido del teléfono al volver sobre la horquilla. Esperó unos minutos, con el suyo también colgado. El timbre sonó muy pronto y levantó de nuevo el aparato.

—¿Vivian?

Había una nota de angustia en la voz de la hermosa mujer.

—Barry, era un policía. Ha venido a informarme que han encontrado el coche de mi hermano, abandonado no lejos de su casa. Phil no está en Londres, ni se sabe nada de él. El coche parece que estaba abandonado desde hace un par de semanas.

—Calma, Vivian, no te aflijas. Quizá Phil sufrió un pequeño accidente, ha podido perder la memoria… Investigaremos por los hospitales.

—Yo voy a empezar ahora mismo…

—Y yo iré a hablar con Melissa Shean —prometió Crane.

Por cierto, pensó después de colgar el teléfono, Melissa no había vuelto a dar señales de vida. Ni siquiera sabía si Been había conseguido algún resultado en sus investigaciones sobre los planos del Manor.

Una hora más tarde, estaba hablando con la muchacha. Melissa se sintió muy sorprendida por lo que pasaba.

—No lo entiendo —manifestó—. Supe que a Kelville ya no le interesaba la operación y no volví a preocuparme más de él.

—A usted fue Marston quien le informó de la negativa de Kelville a comprar el Manor —dijo Crane.

—Sí, dado que es abogado, lleva mis asuntos…

—Me gustaría hablar con Marston —expresó el joven.

—Muy bien, aunque, si no tiene inconveniente, desearía acompañarle, Barry.

—Al contrario, será un placer.

El día estaba lluvioso, desapacible. Durante el viaje hasta la oficina de Marston, Crane y Melissa apenas si hablaron. Las calles se veían brillantes por el agua que caía de continuo. Los transeúntes corrían para evitar los remojones. En el parabrisas, las raquetas se movían rítmicamente, con un siseo deprimente.

Una secretaria de pelo tirante y gafas con gruesos cristales les recibió primeramente.

Entró en el despacho de Marston y salió a los pocos instantes.

—Pasen, por favor.

Thomas Marston estaba en pie, detrás de su mesa. Era un hombre alto, delgado, de ojos negros, muy brillantes, y pómulos salientes. Sobre su labio superior se veía un negro bigote, no muy frondoso, aunque con unas pequeñas guías que se erguían ligeramente.

—No sabe cuánto me alegro de verla, señorita Shean —dijo cortésmente—. Con sinceridad, no esperaba su visita…

—Tom, le presento al señor Crane, buen amigo mío —dijo la muchacha—. Barry, el señor Marston, hijo del conservador de Harreldane Manor.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Después, Melissa continuó:

—El señor Crane pasó una noche en Harreldane y conoce bien la propiedad.

—Pero no se decidirá a comprarla —sonrió Marston, a la vez que, con los codos apoyados sobre la mesa, juntaba las yemas de sus dedos.

—No es de mi interés y, aunque lo fuera, tampoco poseo el dinero que vale la propiedad. Señor Marston, ¿habló usted en persona con Kelville después de que éste hubiera regresado de Harreldane?

—Sí, desde luego. ¿Por qué lo dice?

—¿Por teléfono o personalmente?

—Personalmente. Vino aquí, a mi despacho, charlamos cinco minutos y se despidió.

Eso es todo lo que sé de él, aunque… Melissa, ¿a qué vienen estas preguntas?

—El señor Crane conoce a la hermana de Kelville y fue ella quien le ha informado de su desaparición.

—Vaya, no saben cuánto lo siento. ¿Hace mucho que ha desaparecido?

—Por lo visto, un día o dos después de regresar de Harreldane —intervino el joven—.

La Policía ha encontrado abandonado el coche de Kelville y buscaron a su hermana.

—Es extraño. Siendo hermanos, ella tendría que haberse enterado mucho antes de su desaparición, ¿no? —dijo Marston.

—Viven independientemente —explicó Crane—. Y, aunque se relacionaban con cierta frecuencia, tampoco era raro que pasase algún tiempo sin que tuvieran noticias recíprocas.

—Pues no sé nada, excepto lo que ya les he dicho —manifestó el abogado—. Créanme que lo lamento sinceramente y deseo de corazón que el señor Kelville aparezca pronto.

—Muchas gracias. Así se lo diré a su hermana ¿Vamos Melissa? La muchacha se puso en pie.

—Algún día, quizá, pueda deshacerme de esa casa —dijo, con una sonrisa de circunstancias, al despedirse del abogado.

Ya en la calle, Melissa se volvió hacia el joven.

—Barry, sinceramente, ¿qué piensa usted de todo esto? —preguntó. Crane se ajustó maquinalmente el cinturón del impermeable.

—Estaba acordándome, no sé por qué, del esqueleto, de Tellsbury — respondió al cabo. Melissa sintió un escalofrío.

—¡No, por Dios, esas cosas no ocurren dos veces! —exclamó.

—Eso mismo opino yo. Pero no pude evitar el pensamiento. ¿Le apetece tomar algo en ese pub que veo al otro lado de la calle?

—Una taza de té me sentaría bien, en efecto.

Cuando ya estaban acomodados, Crane hizo una pregunta a la muchacha:

—¿Ha tenido noticias de Been, Melissa?

—No. Sé que está buscando los planos, pero, por lo visto, hasta ahora no ha tenido éxito en sus pesquisas —contestó ella.

Dos días más tarde, Vivian llamó al joven:

—Barry, no se sabe nada de Phil —dijo, muy acongojada— Temo lo peor. Crane no supo qué contestar de momento.

—Ya aparecerá —dijo, aunque no muy convencido de aquellas palabras—. Quizá se ha ido a correr alguna aventurilla en secreto…

—Del país no ha salido, la Policía está segura de ello.

—Cuando una persona quiere correr una aventurilla amorosa, no necesita siempre salir de Inglaterra, querida. Ten ánimo. Phil volverá cuando menos lo esperes.

Pero, en su fuero interno. Crane estaba persuadido de la muerte de Kelville. Y una vez más, sin poder evitarlo, volvió a pensar en los restos de Lawrence Tellsbury.

¿Habría corrido la misma suerte?, se preguntó.

Al día siguiente. Vivian recibió una extraña misiva:

> «Mi querida hermanita: Hasta ahora, no he podido escribirte, debido a razones que comprenderás cuando nos encontremos. A las cinco de la tarde, deberás encontrarte en la

esquina de las calles Virginia Road y Brick Lane. Allí te recogerá un coche, que te conducirá al lugar en que me encuentro y que no me atrevo a abandonar. Entonces, te indicaré la forma en que debes actuar para ayudarme a salir del terrible apuro en que me encuentro.

»Por lo que más quieras, no comuniques a nadie lo que me pasa, guarda una discreción absoluta. La carta servirá para que te identifiques ante mi amigo. No dejes de llevarla. Tuyo.

Phil.»

Durante unos segundos, Vivian sintió una especie de mareo. ¿Qué horrible apuro era el que mencionaba su hermano? ¿Acaso había cometido un asesinato y se escondía de la Policía?

Como fuera, su deber era ayudarle. Si se trataba de un homicidio, Phil, tal vez, había sido un imprudente… presentándose ante la Policía podría haber obtenido algunas ventajas…

Pero ahora no era el momento de hacer reproches, máxime cuando ignoraba la verdad de lo sucedido. Por un instante, se sintió tentada de hablar con Crane, pese a las recomendaciones de discreción absoluta. Pero luego decidió que, si era necesario, habría tiempo sobrado para buscar la ayuda de su joven amigo.

Salió de casa con la antelación necesaria para llegar al lugar de la cita. Ya era casi oscuro cuando vio que se acercaba un coche al punto donde aguardaba.

—¿Vivian Kelville? —preguntó el conductor.

—Sí.

—¿Tiene la carta?

Vivian abrió su bolso y se la entregó al individuo, quien la examinó unos momentos antes de dejarla sobre el asiento izquierdo.

—Entre —dijo, a la vez que abría la portezuela trasera izquierda.

El coche era un «Austin», grande, de los utilizados habitualmente como taxímetros, aunque pintado de negro y acomodado para uso privado. Vivian se acomodó en la parte trasera y, apenas se hubo cerrado la puerta, se inclinó hacia adelante.

—¿Está muy lejos mi hermano?

—Un poco, aunque no demasiado. Tardaremos una hora más o menos.

—Pero… ¿qué le ha pasado? ¿Ha hecho algo malo? —preguntó Vivían, angustiada.

—No se preocupe, señora; su hermano está bien.

Media hora más tarde, cuando ya estaban fuera de Londres, Vivian notó un extraño olor dulzón en el interior del automóvil. Sintió unas ligeras náuseas, pero casi enseguida, perdió el conocimiento.

* * *

Barry, Crane había acudido a aquella fiesta sin ganas, consciente de que era un deber que tenía que cumplir, un amargo trago que pasar, algo que formaba parte de la edición de su libro sobre la Inglaterra desconocida. Pero el anfitrión era uno de los socios financieros de la firma editora que le había comprometido el libro y la invitación partía de uno de los directores artísticos, precisamente, el que tenía en sus manos publicar o no el libro. Sin embargo, de no haber tenido tanto interés en la empresa. Crane, muy posiblemente, habría enviado al diablo la fiesta. Había una veintena de personas de ambos sexos.

En un rincón vio a dos hombres abrazándose y besándose sin el menor rubor. Detrás de un biombo, una pareja bisexual se entregaba a prácticas nada comunes. Aquello empezaba a degenerar en una orgía. Crane era muy liberal, pero había cosas que no le gustaban. Ningún placer que pudiera obtener allí podía compararse al conseguido en unos minutos a solas con una bella mujer. Por ejemplo. Vivian Kelville.

Por cierto, al invitarle, le habían dicho que podía llevar una pareja, pero había llamado a Vivian y ella no contestó. Debía de estar en otra parte, supuso.

Pasó por delante de un diván ocupado por cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. Un olor dulzón asaltó de inmediato su pituitaria. Las dos parejas se animaban con unos cigarrillos de «hierba».

Un poco más allá, se encontró con una hermosa joven, de unos veintiocho años, alta, de espléndidos senos y frondosa cabellera negra. El vestido era de color rojo fuego, sostenido por dos hilos, con un escote que llegaba por delante hasta la cintura. En la espalda no había tela.

—Te aburres —dijo la morena, mirándole por encima de su copa.

—Un poco, lo confieso —sonrió Crane.

—Todo consiste en ser un poco optimista. En estas fiestas, si uno lo desea, enseguida encuentra distracción.

Crane miró por encima del hombro izquierdo de la joven. Un poco más allá, una mujer de unos cuarenta años, pechugona, voluminosa, arrastraba casi en vilo a un muchacho que no tenía la mitad de su edad. Ambos desaparecieron por una puerta que daba a alguna de las habitaciones interiores de la casa.

Ella se volvió y alcanzó a divisar a la pareja, un instante antes de que desaparecieran.

Luego miró de nuevo a Barry.

—Algunas sienten un especial placer en despertar complejos de Edipo —dijo maliciosamente—. Claro que, en este caso, lo más probable, es que lo consigan a golpe de cheque.

—Seguramente el chico le va a vender sus encantos varoniles, ¿no es eso lo que quieres decir?

La morena hizo chocar su copa con la que Crane tenía en la mano.

—Me llamo Hazel Webster —se presentó.

—Barry Crane —dijo él—. Hola, Hazel. Sabes, iba a hacerte una pregunta, pero de repente me he dado cuenta de que resultaría estúpida.

—¿Por qué? ¿Se trata de algo raro?

—No, en absoluto. La pregunta es: ¿Te han dicho alguna vez lo guapa que eres? Pero, claro, me imagino que sí, que han tenido que decírtelo infinidad de veces.

Hazel rió cristalinamente.

—Eres encantador, Barry —dijo. Bajó la voz—: Y la fiesta asquerosa. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Completamente.

Una muchacha de poco más de veinte años empezó a quitarse todas las prendas de ropa que llevaba puestas, en medio de las risas y los aplausos de los circunstantes. Estaba completamente embriagada, apreció Crane.

Cuando viera al director artístico de la editora, al día siguiente o cuando fuese, le diría unas cuantas cosas, so propuso el joven. Hizo una mueca y Hazel lo notó.

—No te gusta —dijo.

—No tengo nada de puritano, pero he pensado siempre que ciertas cosas deben hacerse con un poco más de intimidad.

—En eso estamos de acuerdo, Barry —dijo la morena, mirándole penetrantemente.

—De modo que es una fiesta asquerosa.

—Sí.

—Y, tal vez, te gustaría asistir a otra con menos gente.

—Puedes estar seguro, Barry.

—Con una sola persona.

—Sí.

—Yo, por ejemplo.

—Exactamente.

—¿Dónde?

—¿Qué te parece mi casa?

—No he estado nunca, pero creo que me gustará, Hazel.

CAPÍTULO VI

Hazel se incorporó sobre un codo y miró sonriendo a su huésped.

—Esto ha sido mucho mejor que lo que pasaba en casa de ese asno presuntuoso —dijo satisfecha.

—Pienso lo mismo que tú —respondió Crane—. ¿Puedo hacerte una pregunta estúpida?

—¿Como la que querías hacerme en la fiesta?

—Algo por el estilo. ¿Te han dicho alguna vez que eres una chica estupenda?

—Esa pregunta tiene doble intención y, como acusada, me niego a contestar —rió Hazel—. Aparte de que es muy indiscreta.

—Tienes razón. Hay cosas que un caballero no debe preguntar nunca.

Hazel reía alegremente. Espléndida en su desnudez de diosa, se levantó de la cama y dijo:

—Creo que nos merecemos un trago, Barry.

—Pon hielo, no quiero «cargar» demasiado.

—Como gustes.

El lujoso dormitorio de Hazel estaba separado de las otras habitaciones solamente por una gruesa cortina de terciopelo rojo. Ella la descorrió en parte y fue hacia la sala vecina. Crane encendió un cigarrillo. Ciertamente había encontrado pocas mujeres tan ardientes y voluptuosas como Hazel. Había sido un encuentro muy agradable. Se preguntó si valdría la pena persistir en aquella relación, iniciada aquella noche.

Miró a su alrededor. Hazel debía de tener dinero. «A menos que sea la fulana de algún tipo viejo y con "pasta", que sólo la visita una vez a la semana», pensó.

Posiblemente se trataría de un sujeto comprensivo. Visitaría a Hazel en fechas fijas y le dejaría suficiente libertad para hacer lo que quisiera, con tal de que estuviese esperándole en casa cuando acudiese a verla.

Oyó el tintineo de los cubitos de hielo en los vasos. De pronto, sonó el teléfono.

—Hola —dijo Hazel.

Hubo un instante de silencio. Crane se dio cuenta de que la joven escuchaba a la persona que la había llamado.

—¿Mañana? —Dijo Hazel—, ¿A la hora de costumbre? Muy bien, de acuerdo.

El teléfono volvió a la horquilla. Crane sonrió. Sus predicciones se realizaban. Mañana llegaría el «viejo».

Hazel apareció de pronto en el umbral, con sendos vasos altos en las manos, sonriendo hechiceramente. Era toda una mujer, apreció Crane. Ella se detuvo un segundo, consciente de su belleza, y luego siguió avanzando. Al inclinarse para dar el vaso a Crane, sus senos pendieron atractivamente y el

joven no pudo resistir a la tentación de acariciarlos con ambas manos.

—Eh, tú, ahora toca beber —protestó ella. Crane tomó su vaso.

—Me parece ser un coche que se ha parado en la gasolinera para repostar —dijo.

Hazel rió alegremente. Después de tomar unos tragos, se inclinó hacia su huésped y le acarició el rostro con los senos. Crane puso las manos en la cintura de la joven y las hizo resbalar lentamente hacia abajo. A los pocos instantes, las bocas se encontraron en un ardiente beso.

Ella suspiró y jadeó. Crane mordisqueó su oreja izquierda, luego bajó al hombro, después buscó uno de los duros pezones. Hazel, rendida, se derrumbó a un lado y tiró de él.

—Ven, ven… —pidió ardorosamente.

* * *

Vivian se mordió los labios. Sentía unos vivísimos deseos de gritar, pero sabía que era inútil.

Sabía también que había caído en una trampa. No había visto a su hermano, ni siquiera tenía la menor noticia acerca de su suerte. Ella estaba en un subterráneo adonde no llegaban los sonidos del exterior y cuyas paredes, lógicamente, no permitían que nadie escuchara sus gritos en demanda de socorro.

Por si fuera poco, estaba tendida sobre un camastro, al cual había sido atada por las muñecas y los tobillos. Había humedad y la temperatura era más bien baja. Pero el miedo impedía que sintiese frío.

Una lámpara, de poca potencia, y llena de polvo además, era toda la iluminación de que se disponía en aquel tétrico lugar, en el que llevaba ya más de veinticuatro horas sin comer, sin probar siquiera un sorbo de agua. Vivian empezó a preguntarse si pensaban matarla de hambre y sed.

Una vez más, se reprochó a sí misma haber acudido tan confiadamente a la cita. Debía haber avisado a alguien de lo que sucedía… pero comprendía también que el afán de salvar a Philip había sido más poderoso que cualquier otro sentimiento.

Se preguntó dónde podía estar. Lo único que recordaba era el olor dulzón que la había hecho dormir en el automóvil. Seguramente, se trataba de un gas narcótico. Sus raptores le habrían repetido las dosis más de una vez, porque, al despertar, ya estaba en aquel camastro. Las ligaduras eran relativamente flojas, de modo que no dañaban sus muñecas y tobillos, pero eran lo suficientemente sólidas como para impedirle abandonar su posición.

Cayó en un sopor, que no era un sueño total, agitada su mente por tétricas pesadillas. De pronto, tras haber pasado un lapso de tiempo que no supo calcular, oyó el ruido de una puerta que se abría.

Miró hacia el fondo del subterráneo. Por la escalera que, seguramente, daba al exterior, descendía un individuo envuelto en una enorme capa

escarlata.

La prenda tenía una capucha, que el hombre llevaba puesta, de tal modo que dejaba en sombras sus facciones. Incluso a plena luz del día habría sido difícil ver sus rasgos.

El desconocido se acercó a la cama y sonrió. Vivian pudo ver el brillo de sus dientes blanquísimos.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó, a la vez que se agitaba con todos sus fuerzas—. ¿Dónde está mi hermano? Suélteme, especie de hijo de perra…

El hombre de la capa roja no contestó. Sin pronunciar una sola palabra, sacó una afilada navaja. Vivian creyó que se le paralizaba el corazón.

La navaja se acercó a su cuerpo. Pero en lugar de herirla, el filo del acero empezó a cortar sus ropas.

—No haga eso —aulló la joven—. Bastardo indecente…

El hombre no contestó. Ahora había sacado la otra mano y ayudaba así para arrancar los trozos de ropa cortados por la navaja. En pocos momentos, Vivian quedó completamente desnuda.

Entonces, el hombre se quitó la capa y la capucha. Vivian lo reconoció.

—Usted…

Pero el sujeto estaba completamente desnudo y Vivian adivinó en el acto sus lascivas intenciones. Aquel hombre se arrojó sobre ella y la poseyó con inaudita ferocidad. Vivian pensó en resistirse un momento, pero luego desistió. Estaba completamente indefensa.

Con los ojos cerrados, a través de cuyos párpados, sin embargo, fluían las lágrimas. Vivian soportó las salvajes acometidas del hombre de la capa roja. Súbitamente, el hombre, después de emitir un gruñido completamente bestial, se derrumbó sobre ella.

—Lástima no te hubieras muerto… —dijo Vivian.

Pero no, no había muerto. Al cabo de unos segundos, el hombre se incorporó, sonriendo satisfecho. Recobró su capa, se envolvió en ella y caminó hacia la salida.

Antes de llegar a la puerta, se volvió un instante.

—Nunca me hubiese perdonado verla irse de aquí sin disfrutar de sus encantos —dijo.

—¿Hasta cuándo me va a tener encerrada? —Gritó Vivian—. ¿Por qué no me deja marchar, repugnante bastardo?

—Pronto, muy pronto saldrás de aquí —contestó el hombre de la capa roja. Giró sobre sus talones y desapareció de la vista de Vivian.

Durante unos segundos, la joven se sintió completamente abatida, desmoralizada. Lo de menos, hasta cierto punto, era el ultraje sufrido; estaba atada y no podía defenderse, por lo que no se sentía ofendida. Pero… su hermano…

Empezaba a presentir lo peor para Philip. Ya casi no le cabían dudas.

Había sido asesinado. ¿Por qué? ¿Tenía ella algo que ver con los problemas de Philip? Una y otra vez, repasaba sus relaciones con su hermano y no encontraba nada reprochable. Desde hacía muchísimos años, salvo en el afecto fraternal, todos sus asuntos se habían desenvuelto con completa independencia. Si se trataba de un «ajuste de cuentas»… Pero eso no podía ser. Philip había sido siempre un hombre honesto.

De pronto, empezó a pensar que su secuestro tenía que ver algo con los proyectos de su hermano respecto a Harreldane Manor. Pero antes de que pudiera establecer unas conclusiones medianamente satisfactorias, oyó que se abría la puerta de su encierro.

Esperanzada miró hacia arriba. El miedo agarrotó su voz en la garganta. Dos hombres enmascarados bajaron al subterráneo y empezaron a desatarla. Ambos, observó, llevaban sendos látigos pendientes de la muñeca derecha.

—¿Adónde me llevan? —preguntó—. ¿Qué van a hacer conmigo?

No hubo respuesta. Cuando la hubieron soltado, los dos hombres la hicieron abandonar la cama. Había estado demasiado tiempo en la misma postura y tenía los músculos envarados, por lo que cayó arrodillada en parte, apoyándose con las manos en el suelo de húmedas losas de piedra.

—Por favor —gimió.

De repente, sintió un agudísimo dolor en la espalda, a la vez que oía un restallante sonido.

El dolor la hizo ponerse en pie de un salto.

—¡Arriba, perra! —gruñó uno de los enmascarados. Un segundo latigazo dejó una marca roja en sus blancas nalgas. Vivian, enloquecida por el pánico y el dolor, echó a correr hacia las escaleras sin preocuparse en absoluto de su desnudez.

Los enmascarados corrieron tras ella, haciendo chasquear sus látigos. Vivian se encontró en un lugar desconocido. Al otro lado había una puerta abierta y creyó ver la salvación.

Un nuevo latigazo puso alas en sus pies, calzados con zapatos de tacón bajo, relativamente cómodos. Era lo único que aún quedaba de su vestuario.

Atravesó la puerta y se quedó paralizada por el espanto. Los jinetes, las amazonas, el montero con su trompa de caza, los perros atraillados.

Más latigazos la hicieron chillar frenéticamente.

—Corre, zorra, corre…

Enloquecida por el pavor, Vivian huyó hacia el bosque que apenas se adivinaba en la fría neblina del amanecer. Sólo ansiaba vivir, quería desesperadamente salvar la vida, pero presentía que no iba a poder conseguir sus propósitos.

Detrás de ella sonaron las trompas de caza, los relinchos de los caballos, el terrible sonido de los ladridos de los perros que ya perseguían a su presa.

Vivian no llegó muy lejos. Uno de los jinetes, más tarde, hizo un comentario despectivo:

—La diversión terminó muy pronto.

—En la próxima ocasión buscaremos a alguien más resistente —dijo otro.

Un poco más allá, alguien, que se había caído del caballo, se quejaba sordamente.

CAPÍTULO VII

Crane llamó a Vivian, pero la joven no contestó. Estaría fuera, en algún lugar del país, se dijo. Apenas acababa de dejar el aparato en la horquilla, sonó el timbre de llamada.

Era Melissa.

—Creo que tengo buenas noticias —dijo la muchacha.

—¿Sobre los planos?

—Oh, no, un posible comprador. Su amigo, el arquitecto, no me ha llamado todavía.

—Bueno, lo que hace es por afición, robando tiempo a su descanso. No se lo reproche, Melissa.

—Claro que no; al contrario, se lo agradezco muchísimo. Pero si le he llamado es para decirle que esta vez parece que sí voy a tener suerte.

—Lo celebraría infinito. Y ya que hablamos de celebrar, ¿por qué no lo hacemos anticipadamente?

—¿Cómo?

—Podríamos cenar juntos…

Crane percibió la vacilación de la muchacha, que se reflejó en un ligerísimo silencio.

—Está bien. ¿Dónde y cuándo?

—Pasaré a buscarla a las siete. Del lugar no se preocupe; le garantizo que quedará satisfecha.

—Muy bien, entonces, hasta las siete.

Crane colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Sentíase bastante satisfecho; el libro marchaba bien y las opiniones captadas hasta aquel momento le hacían sentirse optimista.

—Y eso que aún no se ha publicado —murmuró.

Pero los expertos le auguraban un gran éxito. Si era así, en cuanto llegase el buen tiempo, tendría que empezar a pensar en viajar por otro país para publicar un libro de semejantes características.

Por la tarde, volvió a llamar a Vivian, sin obtener respuesta. Un tanto intrigado, decidió salir de casa con la suficiente antelación, para enterarse personalmente de lo que le sucedía a su amiga.

Vivian no estaba en su apartamento; lo comprobó después de llamar insistentemente varias veces. Al final, se rindió y volvió al vestíbulo.

El conserje le atendió amablemente.

—¿La señorita Kelville? —Dijo como respuesta a la pregunta del joven—. Lo siento, pero hace días que falta de casa.

—Es extraño —murmuró Crane—. ¿Sabe si ha salido de viaje?

—Pues… no podría decirle nada sobre el particular. La vi salir de casa, vestida corrientemente, con el bolso en la mano. No me pareció que emprendiese un viaje…

—Quizá había enviado el equipaje por delante, ¿no le parece?

—Puede ser, aunque lo veo difícil. La entrada al edificio está siempre guardada. Somos tres conserjes, que nos turnamos las veinticuatro horas del día. Claro que también pudo suceder que la señorita Vivian hubiese enviado su equipaje por delante cuando yo no estaba…

Crane sacó una tarjeta de visita.

—Hable con sus colegas —solicitó, a la vez que añadía un billete de una libra—. Me interesa mucho saber si la señorita Kelville ha salido de viaje.

—Le llamaré lo antes que pueda —prometió el conserje.

Durante la cena, Crane observó que la muchacha parecía entusiasmada.

—Esta vez es seguro que la vendo —dijo Melissa—. El comprador parece muy interesado y no ha hecho la menor objeción sobre el precio.

—Me alegro muchísimo —contestó él—. Sin duda debe de ser hombre adinerado.

—Lo es —declaró la muchacha—. Si le suena el nombre de Archibald Milestone, de quien se dice tendrá pronto el título de sir, comprenderá enseguida mi optimismo.

Crane se acarició el mentón.

—Sí, me suena ese nombre. Negocios, finanzas, bolsa y otras fruslerías por el estilo, ¿verdad?

Melissa rió alegremente. Era una muchacha encantadora, apreció Crane. Tenía una bonita figura y un rostro muy agraciado. Posiblemente, carecía del aura sensual de otras mujeres que él conocía, pero estimaba que podía resultar una compañera muy agradable para vivir la vida a su lado. No habría grandes estridencias en ningún sentido, pero tampoco le causaría decepciones. Tenía un carácter encantador y una mesura de gestos y ademanes, que no significaban frialdad absoluta, ni mucho menos.

—A mí me gustaría tener las fruslerías del futuro sir Archibald —dijo Melissa con jovial acento.

—Y ello, además, le permitiría despreocuparse por completo de Harreldane Manor.

—Sí.

—¿Aun a riesgo de no encontrar el famoso tesoro de sir Roderick? Ella hizo un mohín de disgusto.

—No me disgustaría, pero no aparece… y, por el momento, prefiero el pájaro en mano que sería el dinero que Milestone puede pagarme por la propiedad —contestó.

—Me gusta su sensatez, aunque, de todos modos, no me disgustaría echar mano a la capa roja, para ver sí es cierta la leyenda.

—Eso sólo se puede conseguir con los planos y, por ahora, no aparecen —dijo Melissa.

—Sí, tiene razón. Vale más Milestone en mano que capa roja volando, aunque sea sobré los hombros de un jinete montado en un caballo negro.

Ambos se echaron a reír. Crane se hizo el propósito de visitar a Melissa con más frecuencia. En un mundo tan desquiciado, en según qué ambientes, la muchacha era como un pequeño oasis, lleno de frescura y vitalidad, sencilla y espontánea.

* * *

Dos días más tarde, Melissa le anunció que iba a salir de viaje unos días. Probablemente, dijo, se Basaría un par de semanas en casa de una anciana tía-abuela, que residía en Cornualles.

—Le llamaré a la vuelta —se despidió.

—Gracias y que lo pase bien. El conserje llamó también.

—Lo siento, señor Crane, pero, por lo que he podido averiguar, la señorita Vivian no envió el equipaje por delante en su viaje. Me extraña muchísimo, si quiere que le sea sincero.

—¿Sabe si se fue en su coche?

—Oh, no, aún está en el garaje subterráneo. Tomó un taxi, cosa que me extrañó muchísimo. Pero si le interesa…

—¿Si?

—Verá, yo la acompañé con el paraguas hasta el taxi. Su conductor es un antiguo conocido y nos saludamos brevemente. No recuerdo dónde vive, pero podría preguntar en las oficinas de la compañía para la que trabaja.

—Hágalo. Le recompensaré por las molestias, señor…

—Sharkey, William Sharkey, pero puede llamarme Bill, como hace todo el mundo. Ah, mi amigo el taxista se llama Jim McGriff.

—Gracias, Bill; haga el favor de llamarme en cuanto sepa algo.

Crane colgó el teléfono, muy preocupado por la inexplicable desaparición de Vivian. Al igual que la de su hermano, con la diferencia de hallarse en el garaje subterráneo, ella había dejado su coche.

Y se había marchado sólo con el bolso de mano.

No era razonable, se dijo. A Vivian le había pasado algo. Pero ¿qué? Sharkey volvió a llamar media hora más tarde.

—Señor Crane, mi amigo Jim estará en La Gaviota Roja a las siete de la tarde. Todos los días va allí a tomarse una jarra de cerveza. Esa taberna está en…

—Gracias, Bill; lo tendré en cuenta.

Minutos después de las siete, Crane entraba en La Gaviota Ruja. El local estaba lleno de gente, cosa lógica si se tenía en cuenta lo desapacible del tiempo. El ambiente, a pesar del humo de los cigarros y las pipas, resultaba agradable. Todos los cristales de las ventanas estaban empañados.

A duras penas pudo encontrar un sitio en el mostrador. Después de pedir una jarra de cerveza, preguntó por Jim McGriff.

—Dígale que me envía su amigo Bill Sharkey —indicó al tabernero que le atendía.

—Bien, señor.

McGriff vino instantes más tarde. Era un sujeto bajo, de ojos vivos y nariz puntiaguda. McGriff ofrecía todo el aspecto de un hombre observador, pero también discreto, salvo en determinadas condiciones.

—Bill me ha hablado de usted, señor —dijo el taxista, después de los primeros saludos—. Dice que tiene interés por una pasajera que llevé en mi coche hace unos días…

—Así es. —Crane se desabrochó el chaquetón torrado de piel de cordero y metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón—. Me interesa saber lo que hizo esa dama.

McGriff calló significativamente un instante. Crane sacó algunos billetes y añadió:

—No soy su esposo, ni un amante celoso. Sinceramente, aprecio muchísimo a esa joven y me interesa saber qué ha sido de ella. Ah, tampoco soy de la Policía ni detective privado…

—La verdad es que no puedo decirle gran cosa, señor Crane —manifestó—. La dama subió a mi taxi… previamente, Bill había salido a la calle y por casualidad me encontró a mí. Hacía tiempo que no nos veíamos y nos saludamos un instante. Ya sabe lo que pasa:

«A ver cuándo tomamos una jarra juntos» y cosas por el estilo. Pero llovía y no nos podíamos entretener, así que enseguida llevé a la dama a la dirección que me había indicado, Virginia Road y Brick Lane. Y eso es todo —concluyó McGriff.

—De modo que dejó a la señorita Kelville en esa dirección. ¿La vio meterse en alguna casa?

—Yo diría que no. Se quedó en la acera, esperando bajo la lluvia. Claro que usaba un impermeable y se cubrió con la capucha… pero me dio la sensación de estar esperando a alguien. Sin embargo, no pude ver más; estaba parado muy cerca del semáforo; me había detenido cuando estaba en rojo, se puso verde y, antes de que pudiera arrancar, estaba rojo otra vez. Por eso aprecié el detalle que le he dicho. Y otra cosa.

—Sí, Jim.

—Me pareció muy nerviosa. Es un trayecto que no dura más de treinta minutos, incluso en días de lluvia, y se fumó lo menos tres cigarrillos. Bueno, lo mejor sería decir que los encendió y los quemó, usted ya me entiende…

Crane asintió lentamente.

—Le doy las gracias muy sinceramente, señor McGriff —dijo, a la vez que ponía en las manos del taxista un billete de cinco libras—. Ha sido usted muy amable,

—Gracias, señor Crane. Pero si quiere un consejo…

—¿Por qué no? —sonrió el joven.

—Vaya a la Policía. Bill me ha dicho que la dama no ha vuelto por su casa y que no se llevó el equipaje. Puede haberle pagado algo.

—Lo haré, gracias.

Crane regresó muy preocupado a su casa. El consejo del taxista era bueno… pero, desaparecían tantas personas al cabo del año en una capital tan grande como Londres…

Claro que el caso de Vivian era un poco distinto. Su hermano también había desaparecido y no quedaba el menor rastro. Y en ambos casos, los coches habían quedado abandonados.

A pesar de todo, no se decidía a avisar a la Policía. Finalmente, resolvió que lo mejor era esperar unos días más.

Una semana era el tiempo máximo que se daba de plazo. Si para entonces no sabía nada de Vivian, denunciaría el caso a la Policía.

* * *

—El precio me conviene —dijo Archibald Milestone—. Pero, naturalmente, antes de cerrar el trato, me gustaría examinar la propiedad.

—Nada más lógico —convino Marston hijo—. Las fotografías que usted ha visto son muy buenas, pero la mejor imagen de una cosa no puede compararse con la realidad. Le daré una nota para mi padre, que es el conservador del Manor, incluso, si lo desea, puede hospedarse allí una noche, o dos, todo el tiempo que guste.

Milestone aprobó, sonriente. Era un hombre que había rebasado ya la cincuentena, grueso, casi obeso, sanguíneo. Al ponerse en pie resopló ruidosamente.

—Tendría que ponerme a régimen —gruñó—. ¡En cuanto ando media docena de pasos, estoy perdido! Apenas hago ejercicio.

—En Harreldane Manor hay espacio de sobra para pascar y dar largas caminatas — sonrió Marston—. Eso le devolvería su buena forma en menos de un mes.

—Tal vez lo intente. —Milestone alargó su mano—. He tenido un gran placer, señor Marston.

Milestone abandonó el despacho y bajó al vestíbulo. Cuando iba a salir a la calle, emitió un bufido de disgusto, a la vez que se subía el cuello del abrigo.

—Maldito tiempo inglés —se lamentó.

Cruzó la acera y se dispuso a pasar al otro lado, donde le aguardaba su chófer, junto al coche. De repente oyó chirrido de frenos.

Volvió la cabeza.

Un automóvil se le echaba encima deslizándose parcialmente de lado a causa de la humedad del suelo. Milestone quiso retroceder, pero ya era tarde.

La aleta delantera izquierda del coche le golpeó violentamente en el costado y pierna derechos. Milestone salió catapultado, entre el horror de los viandantes, giró un par de veces sobre sí mismo, cayó al sucio y resbaló un

par de metros, hasta estrellarse contra la rueda de un coche estacionado en aquel lugar. Quiso después levantarse un poco, pero se desplomó en el acto y quedó encogido sobre sí mismo.

CAPÍTULO VIII

Inesperadamente, Crane recibió una llamada de alguien a quien había olvidado con sus preocupaciones de aquellos días.

—No estoy muerta, por fortuna —dijo Hazel Webster.

Crane recordó instantáneamente a la voluptuosa morena y sintió que se le encendía la sangre en el acto.

—Lo celebro infinito —contestó—. El día está lluvioso, frío, desapacible… Gusta estar en un ambiente cálido, agradable, sintiendo las gotas de lluvia que golpean contra la ventana, mientras arden los troncos en la chimenea.

—En casa no tengo chimenea, pero hay un calorcito muy agradable. Lo único que puede pasar es que haya algún inconveniente…

Crane se alarmó.

—¿Puede sorprendernos alguien? —exclamó, receloso. Hazel se echó a reír.

—Oh, no, no existe el menor peligro de otro hombre, pero si vienes a casa lo verás por ti mismo.

—De acuerdo, iré cuanto antes.

Cuando llegó, armado con un enorme ramo de flores, Crane se sintió sorprendidísimo de ver a Hazel con un brazo en cabestrillo.

—Vaya, conque ése era el inconveniente —exclamó.

Ella se echó a reír y usó la mano libre para arrastrarle al interior de la casa.

—Es menor de lo que te imaginas —contestó—. Ah, y gracias por las flores, querido.

—Si no te importa, las colocaré yo mismo para ahorrarte un trabajo. También me ocuparé de preparar las bebidas.

Crane se mostró muy activo durante unos minutos. Luego se sentó en el diván junto a la hermosa morena, que se había ataviado especialmente para la ocasión, con una *négligee* muy transparente, debajo de la cual no había ninguna otra prenda de ropa. El brazo lisiado era el derecho y él se sentó en el lado opuesto.

—Bueno, ya puedes contarme lo que te ha pasado —dijo mientras le ponía el brazo en la cintura—. Es decir, si no se trata de algo vergonzoso…

Hazel se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes! No es nada de importancia. Simplemente, me caí del caballo.

—¡Te caíste…! —resopló él.

—Sí. Me gusta mucho la equitación y soy una buena amazona, pero hasta el mejor jinete resulta desmontado en alguna ocasión. Por fortuna, no hubo la fractura que se temió en un principio: sólo una dislocación de huesos en la muñeca, que se curará con un par de semanas de inmovilidad.

—Entonces, tendremos que estarnos muy quietecitos. Hazel le mordisqueó tentadoramente el labio inferior.

—Hay soluciones para el problema —dijo con acento lleno de malicia —. Casi todo lo tendrás que hacer tú.

Realmente, Hazel tenía razón. El brazo lisiado quedó sobre la cama, inmóvil. El izquierdo, sin embargo, se mostró muy activo con la espalda del hombre.

Un buen rato más tarde, Crane preguntó a la joven si no habría tomado miedo a los caballos.

—En absoluto —respondió ella—. Es de lo más excitante que te puedas imaginar. — Hazel se incorporó un poco sobre el brazo sano—. ¿No has corrido nunca detrás de una presa, en tu caballo lanzado a todo galope?

—Ah, tú te refieres a la caza del zorro. Hazel volvió a morder sus labios.

—Es terriblemente fascinador —murmuró con voz ardorosa.

Crane no comprendía aquel entusiasmo por perseguir a un pobre animal, aterrado por sentir a sus espaldas a treinta o cuarenta jinetes y un montón de perros que más bien debían de parecer fieras. Pero, claro, se dijo, había gustos para todo.

—La verdad es que no sé montar a caballo y ni siquiera lo he intentado, y no creo que me llegue a gustar —contestó.

—Quizá yo consiga despertar en ti esa afición —dijo Hazel.

—Lo dudo mucho, pero en fin, no desesperes —rió él—. Ahora, de momento, me interesa muchísimo más cazar otra cosa.

—¿Qué es, Barry?

Crane le dio la respuesta, aprisionando con los labios el rosado pezón izquierdo de la joven. Y Hazel también dio su respuesta, envuelta en el quemante fuego de la voluptuosidad más desatada.

* * *

Estaba dando los últimos toques a un escrito, cuando, de pronto, sintió que llamaban a la puerta. Un tanto disgustado, dejó la pluma a un lado y se levantó para abrir.

Segundos después, lanzaba una exclamación de sorpresa:

—¡Melissa!

La muchacha aparecía en el umbral, envuelta en un chaquetón forrado de piel, cuya capucha quedaba a la espalda y dejaba ver sus hermosos cabellos dorados. Crane, muy contento, estrechó su mano y la hizo entrar inmediatamente en el apartamento.

—Déme el chaquetón —pidió.

Ella accedió. Debajo llevaba pullover de cuello alto, grueso, holgado, pantalones y botas.

—La tarde está fría —sonrió él—. ¿Qué le apetece: brandy, té…?

—Un poco de brandy, gracias. Barry.

Crane llenó dos copas y entregó una a la muchacha, sentándose a su lado a continuación. De pronto, observó que Melissa parecía muy preocupada.

—A usted le ocurre algo —dijo. Ella suspiró.

—Sí —contestó—. Hay veces en que pienso si no habrá algún extraño maleficio sobre Harreldane…

—¿Qué está diciendo? —se asombró él—. Lo del jinete de la capa roja no es sino una leyenda…

—No me refería a eso, Barry. ¿Recuerda a Milestone?

—Sí. ¿Qué ha sucedido? ¿Es que después de mostrarse decidido a comprar, se echó atrás en el trato?

—Pues… no sé qué decirle. Parecía muy entusiasmado, y Marston también sacó esa misma impresión. Pero me parece que por ahora, y en mucho tiempo, Milestone va a desistir de sus proyectos de compra.

—¿Por qué?

—Cuando ya, prácticamente, tenía cerrado el trato, fue atropellado por un coche, casi en la misma puerta del edificio donde Marston tiene su bufete. Milestone fue trasladado a un hospital, con un montón de huesos rotos, lesiones internas de mucha gravedad… Puede que tenga que estar un año en cama, suponiendo que sobreviva. Los médicos no se atreven a emitir un diagnóstico favorable. No descartan la posible curación, pero, en el mejor de los casos, no la creen inminente ni mucho menos.

Crane se sintió consternado al conocer la noticia.

—Hay para creer en el maleficio, en efecto —dijo.

Meditó unos segundos. Melissa le contemplaba con interés.

—Allí sucede algo raro —dijo el joven pensativamente—. Primero fue Tellsbury, y yo encontré su esqueleto. Después, Philip Kelville, del que no se han vuelto a tener noticias. Ahora, Milestone…

—Lo dicho, el Manor está maldito, embrujado… Todo el que pretende comprarlo, sufre algún accidente… o muere misteriosamente o desaparece sin dejar el menor rastro…

—En el caso de Kelville, la cosa es más complicada todavía —dijo el joven.

—¿Por qué, Barry?

—La hermana de Kelville, Vivian, ha desaparecido también.

—Pero ella no quería comprar Harreldane —exclamó Melissa. Crane se puso en pie y empezó a pasearse por la sala.

—Presiento que la desaparición de Vivian Kelville está relacionada con la de su hermano. No tengo la menor base, ni siquiera un rastro mínimo que me permita asegurar eso con cierto fundamento… pero todavía existen en este mundo lo que se llaman corazonadas.

—Por lo que puedo saber, Tellsbury no fue asesinado para robarle, es decir, suponiendo que muriese asesinado. Podría llevar, todo lo más, unas cuantas libras encima para gastos menudos, pero, de haberse efectuado la

transacción, habría pagado con un cheque, lo mismo que Kelville.

Crane meneó la cabeza.

—Si se trata de asesinatos, cosa posible, pero que todavía hay que probar, el motivo es muy otro, aunque no alcanzo a comprender cuál pueda ser —dijo—. Y, francamente, yo no tengo dotes detectivescas que me permitan llegar a una solución de este enigma.

—¿Cree, entonces, que el accidente de Milestone pudo ser provocado? El autor del atropello huyó y no ha sido localizado todavía.

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que mañana iré a la Policía, a denunciar la desaparición de Vivian. Tal vez, puesto que su hermano también desapareció, estimen que ambos casos tienen una relación común y activen sus investigaciones al respecto.

—¿Me tendrá al corriente de lo que averigüe? —Solicitó la muchacha —. En cierto modo, estoy interesada también por la desaparición de la hermana" de Kelville.

—Por supuesto —accedió él—. ¿Sabe?, ya tengo ganas de que llegue el buen tiempo para corretear por los campos, con mi cámara fotográfica. El libro está a punto de aparecer y todos creen que tendrá un éxito indiscutible.

—Le felicito, Barry. Crane consultó su reloj.

—¿Tiene mucha prisa? Porque ya se está haciendo un poco tarde y, a poco dentro de nada será hora de cenar…

—No tengo ningún compromiso —sonrió Melissa. Durante la cena, ella le hizo una pregunta intencionada:

—¿Sentía usted algo por Vivian, Barry?

Crane meditó un segundo. Recordaba muy bien los agradables momentos que había pasado junto a la hermosa y ardiente Vivian. Quizá se hubieran repetido aquellas entrevistas, pensó, de no haberse encontrado con Hazel Webster.

—Nos unía una buena amistad, eso es todo —respondió al cabo.

—Suficiente para preocuparse por ella.

—Como me preocuparía por usted, si hubiera desaparecido de pronto sin dejar rastro —dijo Crane rápidamente.

Melissa se sonrojó y el joven no dejó de apreciar el detalle, cosa que le halagó bastante. Pero luego, la conversación tomó otros derroteros y abandonaron un tema que podía resultar vidrioso si se ahondaba demasiado en él.

* * *

Al día siguiente, Crane fue a la comisaría más cercana a denunciar la desaparición de Vivian Kelville. Con gran sorpresa por su parte, el sargento de guardia le entregó una nota.

—Si le interesa tanto esa dama, vaya a Scotland Yard y pregunte por el inspector Browning, quien se ocupa personalmente del caso.

Un tanto intrigado. Crane acudió al Yard y, a los pocos minutos, era recibido por un robusto individuo de unos cuarenta y cinco años y pelo áspero y fuerte como las cerdas de un cepillo. Herbert Browning sacó medio cigarro, se lo puso entre los dientes y sacó un fósforo, pero pareció pensárselo mejor y dejó que el cigarro continuase apagado.

Con ojos críticos leyó la nota que el sargento de Policía había dado a su visitante. Al terminar la breve lectura, hizo un gesto de asentimiento.

—Envié una circular a todas las comisarías y puestos de Policía —explicó—. Quienquiera que supiese algo de los Kelville debía venir a verme.

—Yo estoy aquí precisamente porque no sé nada de ambos hermanos, inspector — manifestó Crane—. Pero me intriga tanto interés por parte de ustedes…

Browning hizo una mueca.

—En Londres desaparecen decenas de personas al cabo del día. Unas están fuera de su casa veinticuatro horas, algunas pasan semanas o meses escondidas en alguna parte y otras, las menos, por fortuna, no aparecen jamás —declaró—. Pero no suele ser frecuente el hecho de que desaparezcan dos miembros de la misma familia en muy parecidas circunstancias. Por eso me he hecho yo cargó del caso.

—Hay cierto espacio de tiempo entre las desapariciones de los dos hermanos…

—Pero de ninguno de ellos se ha vuelto a tener la menor noticia. Ambos abandonaron su casa, abandonaron el coche. Kelville en la calle, no lejos de donde vivía, cosa que solía hacer en ocasiones, a pesar de tener plaza en un garaje próximo; su hermana lo dejó en el parking del edificio donde residía… y ambos, en fin, se marcharon sin más que lo puesto, cosa no frecuente en personas que, como los Kelville, disfrutaban de excelente posición económica.

—¿Sospecha de un secuestro para pedir rescate, inspector? Browning se cambió el cigarro de sitio en la boca.

—No sé qué decirle… Yo empecé el asunto por pura rutina, con el hermano, como tengo cientos de otros casos semejantes, pero cuando llegó a mi mesa una nota con un apellido idéntico al de Philip Kelville, empecé a sentir un interés más acentuado de lo corriente. En ambos casos, han venido a verme los administradores de los edificios donde vivían… También coinciden en asegurar que las ausencias no son lógicas… ¿Cuál era su interés en la señorita Kelville, señor Crane?

—Éramos buenos amigos, simplemente.

—El hermano salió de Londres, al parecer, para comprar una propiedad situada a unas doscientas millas al norte.

—Harreldane Manor.

—¿La conoce usted?

—También conozco a la dueña y he pasado una noche allí. ¿Ha hablado usted con el abogado Marston, inspector?

Browning asintió.

—Sí, he hablado y dice que Kelville volvió de Harreldane y que le comunicó no sentir interés por comprar la propiedad. Después de eso, no ha vuelto a verle más.

—Entonces, ya no me queda otra cosa que decir, inspector. Si llega a tener noticias sobre el caso, le agradeceré me comunique lo que haya sucedido.

—Váyase tranquilo, señor Crane.

CAPÍTULO IX

El invierno empezó a quedarse atrás. Crane trazaba ya sus planes para la próxima temporada. Habló de ir al extranjero, pero el editor le sugirió una segunda parte del libro, que tenía un halagüeño éxito de venta y de crítica. Crane prometió estudiar el asunto.

Durante un par de semanas, en un cuarto atiborrado de mapas a escala muy reducida, y de numerosas guías de todas clases, estuvo trazando el boceto de un itinerario que debía durar desde la primavera al otoño. Repentinamente, Melissa la llamó por teléfono:

—Tengo que darte una noticia. Barry. Me voy del país.

—¿Para siempre? —se alarmó él.

—No, tonto. Sólo una temporada. Ahora, en el Sur de España se está muy bien. Pasaré cuatro o cinco semanas, no sé… ¿No te animas a venir conmigo?

Crane vaciló un instante. La tentación era muy fuerte. Pero estaba labrándose un porvenir y no podía abandonar su tarea alegremente.

—Preciosa, soy un hombre que necesita trabajar para vivir —dijo al cabo—. Quizá, en el verano, durante las vacaciones… pero ni aun así, porque me las pasaré pateando el país…

—Ah, otro libro.

—Justamente, Melissa. Pero ¿cómo te ha dado por marcharte ahora, en esta época?

—Oh… ¿Recuerdas la tía-abuela de Cornualles, con la que estuve un par de semanas el año pasado? Murió hace poco y en su testamento me dejaba un par de miles de libras.

—Entiendo. Bueno, al menos, envíame una postal.

—Lo haré, Barry —prometió Melissa.

—Buen viaje y que disfrutes del sol.

—Gracias.

A Crane le pareció captar una nota de decepción en la voz de la muchacha. Quizá Melissa deseaba de veras que fuese con ella a España. Tendría que dejar pasar por lo menos un año antes de tomarse unas vacaciones largas.

Olvidando por el momento a Melissa, se enfrascó de nuevo en su trabajo. Cuatro días después, llamó Hazel.

—Te has olvidado por completo de mí —dijo la morena.

—No lo creas —mintió él—. Lo que pasa es que tengo mucho trabajo…

—¿También esta tarde?

Crane vaciló un instante. «A fin de cuentas, soy mi propio patrón y puedo cerrar la tienda cuando me parezca», pensó.

—¿Hora? —consultó.

—A partir de las tres.

—De acuerdo.

Cuando colgó el teléfono, Crane se dijo que había olvidado de preguntarle por el estado de su brazo lisiado. Lo tendría ya curado, después de tanto tiempo.

Sí, Hazel tenía completamente curado el brazo. En torno a la muñeca izquierda, Crane vio una cadenita con chapa, en la que aparecían grabados los nombres de Hazel y otro hombre. Curioso, le preguntó quién era. Hazel le tapó la boca con una mano y dijo que a ver si iba a tener celos de alguien a quien había olvidado hacía mucho tiempo. La pulsera era de oro, con algunos brillantitos, y a ella le gustaba llevarla. Crane no insistió sobre el particular; sobre el pasado de algunas mujeres, era mejor no saber nada. Sólo resultaba atractivo el presente.

En el transcurso de la velada, Hazel volvió a mencionar las partidas de caza. Crane rechazó de plano una velada insinuación para tomar parte en una de dichas fiestas cinegéticas. Ella insistió un poco, no demasiado, aunque repitió su teoría de— que resultaban muy excitantes. Crane dijo que ella sí que era excitante y que donde estuviese una mujer de su clase, que se quitasen todos los caballos del mundo. A Hazel le hizo mucha gracia la respuesta y la premió cumplidamente.

Pocos días más tarde, visitó al inspector Browning. El policía dijo, desanimado, que todas las pesquisas habían fracasado. Los dos hermanos habían desaparecido como tragados por la tierra. Browning añadió que era muy posible que Philip Kelville se hubiese mezclado en negocios turbios, muy bien disimulados, pero dirigidos por personas sin escrúpulos y muy hábiles en hacer desaparecer a la gente. Tal vez, dijo crudamente, la hermana había querido meter las narices donde no debiera, y ello había sido la causa de su desaparición definitiva del mundo de los vivos.

—Pero, tarde o temprano, estas cosas llegan a salir a la superficie y entonces, no le quepa la menor duda, atraparemos a los culpables —concluyó Browning su pesimista perorata.

El tiempo empezaba a mejorar claramente. Crane se dijo que era hora ya de reanudar sus actividades.

Melissa volvió de España y cenaron juntos. Crane la encontró guapísima, muy morena por el sol, y con un aspecto físico radiante, muy distinto del habitual, lo que la hacía infinitamente más atractiva. Después de un rato de charla, le preguntó si había encontrado un nuevo comprador para Harreldane.

—Te lo dije. Esa casa tiene un extraño maleficio. Nadie la quiere. Desde que Milestone intentó comprarla, un par de individuos más han mostrado algún interés, pero se han echado atrás al conocer el precio. Y, lo siento, pero no puedo rebajarlo. Lo que pido es ya el mínimo; vender por menos, sería un disparate —respondió Melissa.

—Entonces, no vendas. ¿Tienes apuros económicos?

—No, pero ese dinero me vendría muy bien, Barry. Montaría una boutique elegante, el sueño de mi vida…

—Dejemos esto —sugirió ella, un tanto desazonada—. ¿Cuándo empiezas a patear el país otra vez?

—Tal vez dentro de un par de semanas. Me faltan algunos detalles por ultimar, pero nada de importancia, en suma. Más bien espero a que la estación se halle avanzada.

—Avísame cuando te marches.

—Por supuesto.

Unos días más tarde, le llamó Hazel.

—Sigues siendo el tipo olvidadizo de costumbre —dijo.

—Y tú sigues pensando que los huevos con jamón me llueven del cielo —rió él.

—Hombre, tampoco hay para tomárselo tan en serio…

—Yo, sí, nena; necesito ganarme un prestigio. No es el dinero estrictamente, sino más bien la fama, ¿comprendes?

—Ambicioso —le reprochó Hazel—. Bien, ¿qué me dices de asistir a una cacería?

—¡Hazel, por favor!

—Barry, yo creí que te tenía casi convencido… Crane gruñó, un tanto enojado.

—Está bien, me lo pensaré. Ya te diré algo —contestó, para eludir la conversación sobre un tema que no le agradaba en absoluto.

—Muy bien —dijo ella—. Llámame en cuanto hayas tomado una decisión. Te advierto que entrarías a formar parte de un círculo muy selecto y restringido…

—¿Como el que componen las personas que asistieron a la fiesta en que nos conocimos?

—Oh, no, es un poco distinto… Pero no puedo decirte más, mientras no me des una respuesta concreta.

—Bueno, quizá vaya uno de estos días a encargar un traje de montar —dijo Crane para quitarse de encima a la ardiente morena. Hazel era muy hermosa, le había hecho pasar unos ratos muy agradables y, realmente, le parecía encantadora en todos los sentidos, pero había vuelto Melissa y se inclinaba más hacia la dueña de Harreldane Manor.

A la semana siguiente, Hazel recibió una llamada.

—Mañana, a la misma hora, en el sitio de costumbre —oyó a través del teléfono.

—De acuerdo —contestó ella.

Luego quiso llamar a Crane, pero el joven no estaba en casa y desistió del empeño.

«La próxima vez vendrá», se elijo.

En cuanto a los motivos de la ausencia de Crane, eran muy simples: hacía cuarenta y ocho horas que había iniciado su marcha por los caminos de

Inglaterra.

* * *

Era de noche todavía, cuando Hazel llegó al lugar de la cita. Detuvo su coche, apagó las luces y se apeó. Un hombre salió a su encuentro.

—Hola —dijo la joven—. Voy a cambiarme de ropa.

—Está bien.

Hazel dio unos pasos. De pronto, sintió un vivo dolor en la nuca y cayó de bruces al suelo.

Sin embargo, no había perdido del todo el sentido. Vagamente, se dio cuenta de que la ataban de pies y manos y que le ponían una mordaza en la boca. Luego notó que la izaban a pulso.

Los movimientos de la marcha del sujeto que la llevaba en brazos le causaron un intenso vértigo y abundantes náuseas, lo que la hizo sentirse muy enferma. Oyó también el motor de su coche y supuso que alguien lo retiraba de aquel lugar.

Unos minutos más tarde, se sintió arrojada al suelo. Su espalda chocó contra una piedra y sintió un vivísimo dolor. Hubiera gritado, pero la mordaza se lo impidió.

Entonces, divisó varios rostros hoscos a su alrededor. Empezó a sentir miedo. El hombre de la capa roja se inclinó hacia ella.

—Nos traicionaste y debes pagar por ello —dijo, a la vez que le arrancaba la mordaza.

Hazel sintió un frío que le llegaba hasta el tuétano de los huesos.

—No… yo no he traicionado a nadie…

—¿De veras? Propusiste un nuevo miembro para ingresar en nuestro círculo, ¿no es cierto?

Hazel no pudo emitir una palabra. El hombre de la capa roja, implacable, continuó:

—Has quebrantado las reglas de nuestra sociedad. Cuando alguien quiere que alguno de sus amigos entre a formar parte de ella, debe comunicarlo antes de sondear siquiera al interesado. Necesitamos informamos muy bien de la persona, para cercioramos de que es merecedora de formar parte de este círculo. Sólo cuando los informes son favorables, se permite al socio que empiece a sondear a ese posible futuro miembro. ¿No recuerdas esas reglas? ¿Olvidaste que nadie podía quebrantarlas, sin pagar por su falta?

—Pero… yo pensé… Él iba a venir por mí… Yo… confiaba en ese hombre…

—Nosotros no —respondió duramente el hombre de la capa roja—. Y, aunque confiásemos en él, insistimos en que quebrantaste las normas de la sociedad.

El sujeto se irguió y contempló sucesivamente los rostros de todos los que estaban allí presentes.

—Amigos, creo que la decisión adoptada es la correcta. Sin embargo, deseo conocer posibles objeciones…

Lo mismo que el hombre de la capa roja, pero con otra expresión, Hazel contempló también aquellos rostros. No había la menor piedad en sus antiguos compañeros de cacerías.

—No, por el amor de Dios, no… —gimió.

Algunos traían ya los caballos. Los monteros llegaron con sus perros.

—Dejadme libre… No diré nada jamás… Me iré de Inglaterra… —suplicó Hazel, completamente empavorecida por el terror.

Recordaba anteriores cacerías y le parecía un sueño que ella hubiera de ser ahora la presa de aquellos cazadores, más desalmados que los propios perros que se agitaban furiosamente, retenidos por las traíllas. De pronto, sintió que unas manos rasgaban sus ropas.

En unos segundos quedó casi desnuda. Un cuchillo cortó las ligaduras que sujetaban sus manos y sus tobillos. Alguien hizo chasquear un látigo y la correa trazó un doble surco sangriento en sus bellos senos.

El dolor la hizo aullar. Un nuevo latigazo en el muslo derecho la hizo ponerse en pie de un salto.

—¡Corre, maldita zorra, corre!

Hazel tenía los ojos desorbitados. Quiso decir algo, pero el otro látigo hizo una cruel marca en su vientre. Espantada, echó a correr.

El bosque estaba relativamente cerca. Hoy, la cacería había empezado en un sitio algo apartado del habitual. Hazel corrió desesperadamente, mientras las trompas de caza sonaban tétricas a sus espaldas.

Cuando llegaba al primer árbol, tropezó y cayó al suelo. Se apoyó en las manos y, haciendo un frenético esfuerzo, se puso en pie.

Entonces oyó los ladridos de los perros, ya sueltos. Corrió un poco más. De pronto, divisó un árbol de horquilla relativamente baja. Tal vez, si se encaramaba a las ramas…

Pero al intentar trepar por el tronco, se hizo un profundo rasgón en la piel del pecho. El dolor la hizo soltarse instintivamente y cayó de espaldas.

Su blanca piel aparecía con grandes manchas rojas. Cuando intentaba levantarse de nuevo, los perros se arrojaron ferozmente sobre ella.

A pesar de todo, intentó luchar, pero las fuerzas la abandonaron muy pronto.

Cuando todo hubo terminado, el hombre de la capa roja miró a sus compañeros de cacería.

—Espero que esto sirva de ejemplo para los demás —dijo severamente—. Conocen las reglas del círculo y han podido ver que se aplican estrictamente, sin piedad para los traidores.

En silencio, todas las cabezas se movieron afirmativamente. Mientras, los canes devoraban a su presa.

CAPÍTULO X

Casi de repente, Crane se encontró en las inmediaciones del Manor. Un oscuro instinto, le hizo dirigirse hacia el edificio.

Llamó a la puerta. La señora Lane abrió a los pocos momentos.

—Deseo ver al señor Marston —dijo. La mujer se puso una mano en la oreja.

—¿Cómo dice?

—Quiero ver al señor Marston —repitió.

—Hable más alto, señor: no le entiendo en absoluto.

«Es sorda como una tapia», pensó Crane. La vez anterior no se había fijado en el detalle. Claro que entonces, se dijo, la señora Lane realizaba unas funciones de manera rutinaria, sin necesidad de que se lo ordenasen. Después de expresar sus deseos a voz en cuello, la mujer le hizo pasar al interior.

—Iré a avisarle ahora mismo, señor —manifestó.

El conservador apareció a los pocos minutos y se sintió muy sorprendido de ver allí a Crane. El joven le explicó en parte los motivos de su presencia en el Manor.

—Casi cuando quise darme cuenta, ya tenía el edificio a la vista. Entonces — añadió—, me acordé de un buen amigo que quiso comprar la propiedad, pero del que no sé nada hace algún tiempo.

—No abundan los aspirantes a propietarios del Manor —sonrió el anciano—. Di ríase que pesa sobre él una especie de maleficio, que impide su venta.

—Usted coincide con la señorita Melissa —dijo Crane jovialmente.

—Sí, hemos hecho el mismo comentario en más de una ocasión. De todos modos, apruebo la actitud de la dueña: no debe vender por menos del precio fijado.

—Sí, en eso apruebo su actitud. Señor Marston, desearía hacerle una pregunta, si no tiene inconveniente…

—Por favor…

—So trata de alguien que quiso comprar la propiedad. Incluso estuvo aquí pasando la noche… Philip Kelville.

—Oh, sí, ya recuerdo al señor Kelville. Parecía muy interesado eh comprar, a decir verdad, el más interesado de los que he visto hasta ahora, pero se marchó y no he vuelto a tener noticias suyas. ¿Acaso lo conoce usted?

—Más bien a su hermana —sonrió el joven—. El caso es que Kelville ha desaparecido sin dejar rastro y… Bien, fio creo que o usted le afecte este desdichado asunto. Gracias por todo, señor Marston.

La sirvienta apareció en aquel instante.

—Señor, ya tengo preparada la comida para los perros —anunció. Marston se volvió.

—Ahora mismo voy, señora Lane —contestó—. Dispensé, señor

Crane…

—No faltaría más: le ruego excuse las molestias que haya podido causarle.

—Todo lo contrario, ha sido un placer.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Crane abandonó la sala en donde había tenido lugar la entrevista y se dirigió hacia la salida. Una vez en el exterior, empezó a rodear el edificio, ya que había llegado desde el sur y debía seguir una dirección diametralmente opuesta.

Entonces vio a Marston, que salía con una gran cazuela en las manos. Los perros ladraron furiosamente.

Crane arrugó el entrecejo. Había seis perros, todos ellos en sus respectivas jaulas, relativamente amplias, y le pareció que eran demasiados para cuidar de la propiedad. Marston le vio y se quedó sorprendido.

—Señor Crane…

El joven sonrió forzadamente.

—Voy hacia el norte —explicó.

—Oh…

Crane miró de nuevo hacia las jaulas. Los perros eran mastines, muy fieros, según parecía.

—¿Se necesitan tantos canes para cuidar la propiedad? —preguntó.

—Nunca está de más un pequeño exceso de vigilancia —respondió Marston.

—Los sueltan por la noche, me imagino.

—Claro. Pero no se preocupe; están bien entrenados para no rebasar ciertos límites.

—Sí, es una ventaja estar protegido por esas fieras. —Crane levantó un instante el sombrero con el que se protegía la cabeza—. Repito, ha sido un placer, señor Marston.

—Adiós, señor Crane.

El joven continuó su marcha y pronto estuvo en las inmediaciones del bosque. Traspasó unas cuantas hileras de árboles y se encontró en un pequeño claro, que se alargaba hacia el nordeste, como un sendero que hubiese sido trazado en tiempos y que luego hubiera sido descuidado. Cruzó el espacio libre y, de pronto, vio que algo chispeaba en el suelo, al reflejar los rayos del sol.

Atraído por la curiosidad, se agachó y recogió con dos dedos el objeto que brillaba. Pasmado de asombro, reconoció en el acto una pulsera que había visto tiempo atrás en la muñeca de una hermosa morena. Por un momento, pensó que podía tratarse de una joya de idéntica factura, pero todas sus dudas se disiparon en el acto al examinar la otra cara, en la que aparecían grabados dos nombres que él recordaba muy bien, junto con una fecha:

HAZEL¬RONALD 5¬6¬72

* * *

Durante unos segundos, permaneció completamente inmóvil, aturdido por el hallazgo. ¿Qué hacía la pulsera en aquel lugar, tan apartado de Londres, pero relativa— mente próximo a Harreldane Manor?

Y, más todavía: la pulsera hallada era un indicio seguro de la estancia de Hazel en aquellos parajes. ¿A qué había venido Hazel a aquellas tierras?

La cacería, se dijo de inmediato. Era extraño, porque Marston jamás había mencionado ninguna cacería en la vecindad del Manor. Tampoco Melissa había dicho nada al respecto y creía que la muchacha tenía que estar enterada a la fuerza de que se celebraban cacerías en sus tierras.

La pulsera saltó unos momentos en sus manos. Luego, de pronto, la guardó en un bolsillo y siguió andando.

El sendero se hacía relativamente angosto. A veces, resultaba difícil caminar, a causa de los arbustos que lo invadían desde ambos lados. Bruscamente, cuando llevaba recorridos unos trescientos metros, el suelo inició un desnivel bastante acentuado.

Un poco más allá, el sendero terminaba ante una abrupta pared, de unos ocho o diez metros de altura, que parecía formar el borde de una meseta, cuyo nivel era análogo al de las tierras circundantes. La base de aquella pequeña escarpadura estaba asimismo cubierta de grandes matorrales.

Crane empezó a mirar a los lados, para ver de encontrar una salida al camino tan bruscamente interrumpido. De pronto, le pareció vislumbrar algo negro al otro lado de un enorme arbusto.

Alargó la cabeza. No veía nada, pero le pareció que al otro lado había una cueva. Al separar un poco los ramajes con las manos, comprobó, efectivamente, sus sospechas. Sí, había una cueva.

Las ramas se separaron con más facilidad de la prevista, lo que le permitió pasar al otro lado sin molestias. La boca de la cueva era casi circular y medía algo más de dos metros de diámetro. A partir de la entrada, formaba una especie de túnel de unos tres o cuatro metros de largo. Al final del túnel, se divisaba algo que parecía una tela. Avanzó un puco más y comprobó que, efectivamente, se trataba de una recia lona, pintada con manchas de colores oscuros, entre los que predominaban el verde y el marrón. La lona estaba sujeta a un bastidor de madera, que contorneaba exactamente el túnel por la parte interior.

Crane tanteó con las manos. De pronto, halló a la izquierda un cierre relámpago. Lo bajó y el paso quedó libre.

Al otro lado, la oscuridad era total. Crane avanzó un par de pasos más y encendió su mechero. Entonces, a la izquierda, en un hueco de la pared rocosa, divisó varias lámparas eléctricas de grandes dimensiones, alimentadas por pilas.

Encendió una. Las tinieblas se disiparon instantáneamente. Entonces, lleno de estupefacción, contempló el más increíble espectáculo que hubiera

soñado ver jamás.

La cueva era grande, unos doce metros de largo, por seis o siete de ancho, con una altura de bóveda de unos cuatro metros. A la izquierda, había una gran estantería repleta de botellas. Enfrente, divisó un soporte para colgadores de ropa, análogo a los que había visto muchas veces en los grandes almacenes. El soporte sostenía una docena o más de bolsas que contenían unos equipos de ropa, de características inconfundibles.

Con la linterna en la mano, se acercó al soporte. Mo, no había dudas; eran equipos de ropa para montar a caballo: chaquetas rojas, calzones, botas altas, espuelas, gorras, fustas… Y, en cada saco, había un nombre.

Crane no tardó mucho en encontrar el equipo correspondiente a Hazel Webster. Se preguntó por qué los cazadores tenían que vestirse en aquel lugar tan escondido.

¿Acaso no podían hacerlo en el Manor? ¿O quizá no les permitía Marston utilizar la casa como vestuario?

El suelo, apreció, estaba cubierto por una gran cantidad de pieles de todas clases, aunque la mayoría eran simples imitaciones. En aquella cueva, pensó, aun en invierno, cuando se reunían una docena de personas, no se debía de pasar frío, que, además, sería combatido con las botellas que se divisaban en la estantería.

La lámpara que sostenía en las manos, proporcionaba suficiente iluminación. Crane pensó que cuando se encendiesen todas, aún habría más luz. Pero un simple vestuario, se dijo, no necesitaba de tantas pieles en el suelo.

De pronto, sonrió. Las pieles servían para algo más. Probablemente, después de la cacería, se celebrarían allí alegres reuniones, donde los participantes se liberarían de sus inhibiciones.

—Vaya, con Hazel —murmuró—. Y decía que no le gustaban las orgías colectivas…

Rehaciéndose, sacó su agenda de notas y un lápiz, y escribió todos los nombres que había en los sacos de ropa. Cuando guardaba la agenda, creyó divisar al otro lado, en la pared, una extraña protuberancia.

Rodeando el soporte, se acercó y tocó aquel saliente con las manos. No era roca, aunque lo parecía. En el centro tenía un orificio muy bien disimulado. Hizo un esfuerzo y arrancó el saliente.

El falso trozo de roca ocultaba una cámara cinematográfica. Crane movió la cabeza varias veces. Los cazadores se divertían allí de una forma muy peculiar, pero alguien, subrepticiamente impresionaba escenas nada edificantes. Algún día, tal vez empezaría a hacer chantaje a algunos incautos y…

Dejó todo tal como lo había encontrado y se dispuso a salir. Apagó la lámpara, pasó al otro lado de la lona, subió la cremallera y dio media vuelta, iniciando acto seguido la travesía del corto túnel.

Cuando llegaba al exterior, le pareció oír ruido de pasos. Cruzó los

matorrales y entonces se encontró con Marston.

El conservador tenía una escopeta en las manos.

—No debió entrar ahí, señor Crane —dijo ominosamente.

CAPÍTULO XI

Después de las palabras de Marston se produjo un hondo silencio. Crane contempló la escopeta con ojos críticos.

Marston dio un par de pasos hacia atrás.

—Ni lo intente —advirtió—. Soy viejo, en efecto, y físicamente no podría compararme con usted en una lucha cuerpo a cuerpo, pero mi dedo índice no tiene síntomas de artritismo.

—Es usted todo un humorista, conservador —dijo Crane de buen humor—. Trata de decirme que, si intento algo hostil contra usted, me llenará la tripa de perdigones.

—Exactamente.

—He visto ahí algunas cosas muy interesantes. ¿Es algún pecado divulgar lo que contiene la cueva?

—Lo es.

—¿Por qué?

Marston vaciló un segundo.

—Alguien se lo explicará muy pronto —respondió finalmente.

—¿Quién?

—Señor Crane, por el momento, no estoy autorizado a hablar más — dijo Marston Lo único que puedo decir es que va a venir conmigo a Harreldane Manor y allí aguardará la llegada de alguien que puede informarle, si quiere, del verdadero objetivo de la cueva. ¿Está claro?

—No, no lo está, pero tampoco le voy a contradecir.

Debo suponer, sin embargo, que he de volver al Manor bajo la amenaza de su escopeta.

—Sí.

Crane miró de soslayo la escopeta. Las manos de Marston se crisparon súbitamente.

—¡No lo intente! —exclamó con voz tensa—. Le mataría como a un perro.

—Pero ¿por qué? —Se extrañó el joven de tanta hostilidad—. Lo que hay en la cueva, no puede hacer daño a nadie…

De repente, se interrumpió.

Tenía los ojos fijos en Marston, un hombre que había sido alto y que ahora aparecía un tanto encorvado, a causa de los años, a pesar de lo cual se conservaba en buen estado físico. El anguloso rostro de Marston le recordó a alguien conocido.

Tom, su hijo, era casi el doble exacto de su padre, con la salvedad de tener treinta años menos y ninguna cana en el pelo intensamente negro. Y ambos, pero sobre todo, el joven, tenían cierto parecido con el retrato de sir Roderick…

Aquellas consideraciones produjeron una asociación de ideas casi

fulminante. En un segundo, lo comprendió todo. Los trajes de caza, las desapariciones misteriosas…

—Oh, no, no puede ser —exclamó, aterrado.

La sonrisa de Marston parecía la de un demonio.

—Sí, puede ser —confirmó. Crane pensó que se mareaba.

—Cazan personas… lo mismo que sir Roderick…

Y, con toda seguridad, Hazel había tomado parte en alguna de aquellas horribles cacerías. Habría perseguido infelices, acosados por los perros, galopando en su caballo tras las presas humanas… Sólo» faltaba, después, el banquete caníbal, con la carne de las víctimas…

Marston habló de nuevo:

—Deje caer la mochila al suelo, señor Crane. No se preocupe por ella; volveré a recogerla.

El joven obedeció.

—¿Y ahora?

—Camine delante de mí y, repito, no intente ni escapar ni atacarme. No bromeo: dispararé a matar, apenas vea el menor gesto sospechoso.

—Está bien.

—Y las manos sobre la cabeza.

Crane echó a andar. No pensaba resistirse; Marston parecía absolutamente resuelto a Cumplir su palabra y valía más esperar la ocasión conveniente para intentar la fuga.

Aunque, de todos modos, estaba en un serio aprieto. Había descubierto un terrible secreto y los culpables de tan horrendos crímenes no iban a permitirle escapar con facilidad.

Realmente, no le iban a dejar escapar.

Media hora más tarde, entraban en el Manor. Marston le indicó una puerta.

—Abra.

Crane obedeció. Delante de él, una escalera se hundía en las profundidades del suelo. Apenas hubo franqueado el umbral, oyó el estruendo de la puerta que se cerraba de golpe.

Giró en redondo y tanteó con las manos. La puerta era de recios tablones, con refuerzos de hierro. Sin herramientas, era inútil intentar forzarla.

* * *

Llevaba ya cuarenta y ocho horas en su encierro y en todo aquel tiempo, sólo había comido unos trozos de pan y cecina, acompañados de unos sorbos de agua. El mobiliario de su improvisado calabozo era espartano: un camastro, con un viejo jergón y una manta.

Pendiente del techo, había una lámpara de escasa potencia, que se encendía sólo durante las horas diurnas. Por la noche, Marston la apagaba desde el exterior, lo cual le indicaba que era la hora de dormir.

El agua y la comida habían aparecido en lo alto de la escalera, al día siguiente de su encierro. Marston, sin duda, le había dejado las provisiones durante su sueño. Era un menú poco variado, aunque ciertamente nutritivo.

A cada momento que transcurría. Crane adquiría más y más el convencimiento de lo que iban a hacer con él. Le emplearían como pieza de caza, para la diversión de unos cuantos seres depravados, que buscaban nuevas sensaciones, en la morbosa diversión que podían proporcionarles los sufrimientos de su víctima.

De pronto, miró a su alrededor.

El subterráneo era más largo que ancho y tenía, aproximadamente, la misma sección que el edificio, aunque le pareció que era algo más estrecho. En el centro, una hilera de cuatro gruesas columnas de mampostería sostenían la estructura principal. Salvo el camastro, no había más muebles en aquel sótano: si había bodega, estaba en otra parte.

Ahora ya se sentía convencido del destino que le aguardaba. En Londres lardarían algún tiempo en echarle de menos, dados los motivos de su ausencia. En aquellas cuarenta y ocho horas, había permanecido casi todo el tiempo inactivo y eso no era bueno.

Un primer cálculo le dijo que, aproximadamente, el sótano medía treinta metros de largo por dieciocho de ancho. Cada vuelta, por tanto, tenía una longitud entre noventa y cinco y cien metros. Dejó a un lado el chaquetón con que se abrigaba de la desagradable temperatura que reinaba en aquel lugar y, pegando los codos a los costados, empezó a moverse a paso gimnástico.

Contaba mentalmente cada vuelta. Al terminar la primera sesión, calculó que había dado cincuenta vueltas, lo que suponía unos cinco kilómetros. Descansó un par de horas y reanudó el ejercicio.

Aquella noche, durmió como un tronco. Por la mañana, encontró pan, fiambres y una jarra con agua. Después de comer con magnífico apetito, volvió a realizar otra etapa de marcha a paso gimnástico.

Esta vez, cubrió diez kilómetros. Por la tarde, hizo otros diez. Al terminar, se sentía cansado, pero en mucha mejor forma que a su llegada. En realidad, era un ejercicio que no hubiera necesitado en circunstancias ordinarias; ahora, era imprescindible para no llegar al momento culminante con los miembros entumecidos.

Cuarenta y ocho horas después, se abrió la puerta del sótano, a una hora enteramente desusada. Tom Marston apareció en la entrada.

* * *

Marston tenía una pistola en la mano. De haber llevado la capa roja sobre los hombros, Crane hubiera creído encontrarse ante sir Roderick, vuelto a la vida por algún extraño prodigio.

—Ha llegado a saber algo inconveniente —dijo Marston, tras unos momentos de silencio—. Puede imaginarse el disgusto que siento por la

decisión que me veo obligado a tomar.

—¿Ha avisado ya a los cazadores…? —preguntó el joven.

—Llegarán muy pronto. Mi padre me ha contado todo lo ocurrido. No he venido antes, porque tenía que citar a los miembros de una sociedad muy selecta.

—Vienen aquí, cazan su presa con los perros, devoran después, su carne, en un banquete caníbal…

—Oh, no, no llegamos a tanto. Nuestros gustos son un poco más refinados. Dejamos que los perros se llenen la tripa.

—Y después, vuelven a la cueva y celebran allí sus orgías.

—La caza de una persona es altamente excitante, en efecto.

Crane recordó las palabras de Hazel. Sí, debía de resultar muy excitante para unos seres depravados, para los cuales las sensaciones normales carecían ya de atractivos. Después de cazar al hombre, las orgías sexuales, con absoluta y repugnante promiscuidad.

—¿Y los caballos? —preguntó de repente.

—Están en una granja vecina. Los traemos cuando se celebra una cacería. Naturalmente, el dueño ignora la verdad; simplemente, se limita a cobrar un buen precio. Sus mozos traen los caballos, se marchan y vuelven luego a buscarlos. Nadie más que nosotros conocemos la verdad de lo que sucede.

—¿Le costó mucho encontrar miembros para ese círculo de asesinos?

—Menos de lo que parece. Hay gente que no vive, pensando en el día en que podrá galopar detrás de una presa humana. Por supuesto, todos guardan absoluto secreto de lo que sucede. Les conviene.

—Alguno podría sentir la tentación de divulgar ese secreto…

—Hasta ahora, sólo una persona ha cometido ese imperdonable pecado, precisamente, una conocida suya.

—¿Hazel Webster?

—Sí.

—Supongo que esa especie de traición habrá tenido un castigo.

—Resultó decepcionante. Hazel fue alcanzada por los perros muy pronto. Crane se quedó helado.

—Entonces… ella fue la presa… Marston asintió, con diabólica sonrisa.

—¿Qué fue de Vivian Kelville? ¿Y de su hermano? ¿También Tellsbury fue cazado?

—preguntó el joven coléricamente.

—Vivian era una mujer muy hermosa. Antes de servir de diversión, tuve tiempo de disfrutar de sus innegables encantos —dijo Marston.

Crane se sintió poseído por una furia inmensa, hasta el punto de que, crispando los puños, avanzó un par de pasos. Marston, sin embargo, le paró en seco, alzando su revólver a la altura de su frente.

—Quieto ahí —dijo secamente—. No me obligue a matarle antes de

tiempo.

Crane logró contenerse, no sin esfuerzo. Una bala en la cabeza, en efecto, acabaría instantáneamente con sus últimas posibilidades. De la otra manera, tendría una oportunidad…

—Además, tiene en la cueva una cámara oculta —dijo.

—Por el momento, las filmaciones me resultan muy útiles. Si alguien, un día, sintiera tentaciones de traicionarnos… Bueno, imagínese el resto.

—Hazel les traicionó, pero no hizo uso de las películas en las que aparecía ella — gruñó el joven.

—Es una idea reciente. Además, necesitaba hacer un escarmiento.

—Y también necesita dinero. Esto no resulta barato, ciertamente. Marston se echó a reír.

—Los socios pagan muy a gusto una elevada suma por tomar parte en la cacería. No hay problema de dinero. A todos ellos les sobra, créame.

—Milestone quería comprar el Manor —murmuró—. Estaba decidido y sufrió un accidente. Todavía continúa en el hospital. Apostaría algo a que el atropello no fue casual.

—Cierto —convino Marston—, no fue un accidente casual.

—¿Quién conducía el coche que lo atropelló?

—¿Qué importa eso ahora? Hablé con alguno de los miembros del club. Uno de ellos, buen conductor, se ofreció voluntario.

—Pero ¿por qué? Podían haber traído a Milestone…

—En primer lugar, Milestone no se movía sin su chófer, por lo menos, y también guardaespaldas. Se puede cazar a una persona, pero dos ya resulta más complicado y, por tanto, inconveniente. Pero el punto principal es que Milestone estaba muy gordo y no habría podido correr cien pasos siquiera. No hubiéramos tenido diversión con él.

Crane procuró ocultar la repugnancia que le producía aquel cínico sujeto. Indudablemente, se trataba de un hombre de mente morbosamente enferma, aunque en otros aspectos razonara y se comportase con absoluta normalidad.

De pronto, Marston se irguió:

—Me gustan estas cacerías —añadió—. He tenido que modificar algunos detalles, con respecto a las antiguas, dado que los tiempos también han evolucionado. Pero el fundamento sigue siendo el mismo: jinetes, monteros, perros… y una persona como presa de caza.

—Lo mismo que en tiempos de sir Roderick.

—Mi antepasado. Crane levantó las cejas.

—Soy descendiente de uno de sus bastardos. Tengo documentos que lo prueban, pero el dominio de la propiedad fue atribuido siempre a los descendientes de la rama legítima. Eso, a decir verdad, no me importa demasiado. Aunque Melissa sea la dueña, el propietario, realmente soy yo.

—Y su padre.

—No se le ocurrió la idea cuando era más joven, pero disfruta con el

relato que le hago yo de las cacerías. En ese aspecto, está plenamente de acuerdo conmigo.

Dos dementes, quizá por herencia, pensó Crane. Sería inútil dialogar con ellos…

—Una pregunta —dijo.

—Hable —invitó Marston.

—¿Ha encontrado la capa roja?

—No, y ya me gustaría, créame. Pero no desespero de encontrarla algún día.

—Entonces, es por eso que usted y su padre, aunque simulen lo contrario, se encargan de frustrar todos los intentos de compra del Manor.

Marston sonrió.

—Le queda ya muy poco tiempo —dijo, a la vez que retrocedía hacia la escalera—.

La próxima vez que nos veamos, yo estaré sobre mi caballo.

—Cabalgando, quizá, con su capa roja.

—Exactamente.

—Le vi una noche, cuando pernoctaba en el Manor…

—Mi padre me llamó, porque usted había encontrado los huesos de Tellsbury. Fue un suceso desagradable; Tellsbury corrió mucho y aunque acabó siendo cazado, luego perdí de vista su cadáver. Imagino que debió caer al fondo de la zanja… En fin, quise hacer una demostración ante usted.

—Y la señora Lane no oye; es sorda como una tapia.

—Por si acaso, la narcotizamos cuando hay cacería. Marston estaba ya en lo alto de la escalera.

—Tiene buenas piernas —se despidió—. Úselas, Crane.

La puerta se cerró con recio golpe. Crane consultó la hora.

Eran las once de la noche. La cacería, supuso, se iniciarla a una hora muy temprana.

Debía estar preparado para correr. Hizo cincuenta vueltas y luego se tendió en la cama, para descansar, a fin de encontrarse en la mejor forma física posible, cuando llegase el momento culminante.

CAPÍTULO XII

Melissa abrió la puerta, para atender la llamada que acababa de escuchar y se encontró con un rostro conocido.

—Señor Been —exclamó.

—¿Cómo está, señorita? —Saludó el arquitecto—. Creo que tengo buenas noticias para usted.

—Pase, por favor… ¿Le apetece tomar algo?

—Té, si no es molestia… Perdón, ¿sabe algo de Barry? He llamado a su casa y no contesta…

—Ha salido de viaje. No sé cuánto tiempo estará fuera —respondió la muchacha.

—Bien, de todos modos, es usted la interesada y… Señorita, creo que he encontrado ya la estancia secreta.

—¿De verdad?

—Con moderado optimismo, creo que sí —dijo—. El problema estribaba en que los planos estaban mal archivados, en el Registro Central. Un amanuense nada competente, por no decir otra cosa, escribió Hurreldane, en lugar de Harreldane y…

Melissa se puso una mano en la mejilla.

—¡Qué error tan estúpido! —exclamó, sin poder contenerse.

—Afortunadamente —Been agitó el rollo de papeles que traía consigo —, ya está subsanado. Encontraremos la estancia secreta, sé lo aseguro — añadió con rotundo acento.

Los jinetes iban enmascarados. También había amazonas. El viejo Marston en persona sostenía las traíllas de los perros. Crane vio en todas las bocas sonrisas de morbosa complacencia. Ya no había duda alguna: aquellos criminales disfrutaban enormemente con los sufrimientos de sus víctimas. Se preguntó dónde esconderían los huesos de las personas devoradas por los perros. Marston ya no podía cometer un nuevo error, como en el caso Tellsbury. Los huesos, las ropas, los equipajes… ¿dónde estaban?

De pronto, uno de los monteros alzó el látigo. Antes de que la correa llegase a su cuerpo, Crane dio media vuelta y saltó ágilmente. Inmediatamente, rompió a correr a toda velocidad, desconcertando a los miembros de aquel club de cazadores de seres humanos.

Marston hijo quedó sorprendido unos instantes, pero luego se echó a reír.

—Mejor así —exclamó—. Hoy será una cacería memorable.

Sonaron más risas. Crane se empequeñecía cada vez más. Ya estaba en el lindero del bosque.

—Los perros —gritó el hombre de la capa roja.

Seis fieras quedaron sueltas en el acto. Crane oyó los aullidos que le indicaban el principio de la persecución.

Corrió a toda velocidad durante doscientos metros más. De pronto, divisó un pequeño grupo de árboles que crecían muy juntos.

Volvió la cabeza un instante. Los perros estaban todavía a unos trescientos metros. Apenas eran visibles entre la espesura, le mismo que jinetes y amazonas. Sonaban las trompas de caza, tétricas, en la lívida amanecida.

Súbitamente, Crane dio un salto y alcanzó las ramas más bajas del árbol que tenía a su alcance. Con gran rapidez, llegó a la copa, a cinco o seis metros del suelo. El ramaje era muy frondoso y, estimó, no podrían verle.

En el interior de su camisa llevaba la mayor parte de la cena que le habían servido la víspera. Trozos de cecina y de pan frotado con la carne curada volaron por los aires, en la dirección que debía seguir. Luego se encogió entre las ramas y quedó completamente inmóvil.

Los perros pasaron como tina centella por debajo del árbol. El grupo de cazadores siguió tras ellos, segundos más tarde. Los aullidos y el trepidar de los cascos de los animales se alejaron rápidamente.

Crane permaneció todavía unos minutos en el mismo sitio. Cuando los ruidos de la persecución dejaron de oírse, se cambió de árbol, saltando de rama en rama, debido a la proximidad que había entre los árboles. Una vez tuvo que bajar, pero muy pronto encontró otro árbol. Allí permaneció agazapado, en completo silencio, sumido en una absoluta inmovilidad, protectoramente oculto por el ramaje.

Media hora más tarde, regresaron los cazadores, frustrados y decepcionados. Los perros olisquearon el suelo, en el lugar donde habían caído los trozos de pan y cecina, pero acabaron por seguir el camino de vuelta. Crane dedujo que, faltos de comida, hambrientos, volvían al lugar donde podrían saciar su apetito, sin poder hacerlo con su carne.

Crane esperó todavía un buen rato. Luego se arriesgó a bajar y caminó cautelosamente hasta la casa. Cuando llegaba, vio un coche parado ante la puerta. Marston, el viejo, hablaba con dos hombres.

—¿Mi hijo? No está, inspector…

Crane se hizo visible en aquel momento. Browning y su ayudante se volvieron hacia él. Marston palideció. Crane le apuntó con la mano.

—Será mejor que detenga a ese hombre, inspector —dijo—. Es cómplice, por lo menos, de cuatro asesinatos. Le aseguro, además, que pronto pudre probar mi acusación.

Browning frunció el ceño.

—No me extrañaría en absoluto —manifestó—. Sargento, ponga las esposas a este individuo y llévelo al coche. El conductor se ocupará de vigilarle, mientras el señor Crane nos presenta las pruebas que acaba de mencionar.

—Tendrán que caminar un poco —dijo el joven—. Cuestión de quinientos o seiscientos metros, inspector. Llevarán armas, supongo —añadió.

—Sí, en efecto.

—El hijo de ese canalla tiene un revólver. Sígame, por favor.

* * *

Una hora más tarde, Browning y su ayudante, con Crane, emprendieron el regreso al Manor. El ayudante llevaba la cámara cinematográfica. Browning se sentía terriblemente impresionado por todo lo que acababa de saber.

—He visto y oído cosas en mi vida, pero esto supera a todo —declaró.

—Son gente enfermiza, ahítos de placeres… Buscan diversión a cualquier precio, sin importarles las vidas ajenas… Pero ahora tiene usted todos los nombres de los miembros de ese círculo infernal…

—Sin embargo, el principal culpable, ha logrado escapar —contestó el inspector—.

Llamaré desde la casa, para dar la alerta general e impedir que saiga del país.

Cuando llegaron al Manor, vieron un coche que se detenía ante la puerta. Crane reconoció en el acto a los dos ocupantes.

—¡Melissa…! —exclamó—. Harold. ¿Qué hacen aquí? Los ojos de la muchacha brillaban de un modo singular.

—Barry, tu amigo ha encontrado los planos del Manor —exclamó—. Dice que se siente capaz de localizar la estancia secreta.

—Pero, eso es maravilloso… —Crane vio que Browning aguardaba a unos pasos y se volvió, para hacer las presentaciones convenientes. Melissa se sintió muy extrañada de la presencia de gente del Yard en su casa.

—Mira a tu izquierda —indicó el joven—. Tu conservador está arrestado, acusado de complicidad en varios asesinatos.

Melissa se sintió estupefacta.

—Eso no puede ser… Es un hombre honesto…

—Tendrías que haberlo visto hoy, sujetando la traílla de perros que soltaron contra mí

—dijo.

—Barry, ¿te has vuelto loco?

Crane puso una mano en el brazo de la muchacha y la empujó hacia la casa.

—Anda, entra —dijo—: el inspector tiene que telefonear al Yard y tú debes escuchar la historia de las cosas que han pasado en el Manor y que te harán comprender el maleficio que impedía su venta. —Crane se volvió hacia el policía—. Por cierto, inspector; esos perros han probado la carne humana más de una vez.

—Habrá que sacrificarlos; no queda otro remedio —respondió Browning.

Melissa se sentía aterrada. ¿Qué cosas tan espantosas habían sucedido en su casa? Media hora más tarde, estaba enterada de todo lo ocurrido y se

sentía abrumada por el horror y el espanto de saber los crímenes que se habían cometido en su propiedad.

—No volveré aquí jamás…

—Antes, sin embargo, creo que debemos buscar la habitación secreta —dijo el joven—. Harold, puesto que tienes los planos, ¿sabes dónde puede estar esa habitación?

Been asintió.

—Abajo, en el sótano —dijo.

Crane recordó las mediciones que había hecho.

—Sí, es muy posible.

Momentos después, se encontraban en el subterráneo. Con los planos en las manos, Been estudió unos momentos el lugar y luego se acercó a uno de los muros.

—Aquí —dijo, a la vez que golpeaba con la mano una de las piedras. Repentinamente, se oyó un chasquido.

Un trozo de la pared giró silenciosamente. Melissa, asustada, empezó a gritar. Crane tuvo que taparle la boca con una mano.

—Cálmate —aconsejó.

Been retrocedió, con una mueca de repugnancia en su rostro.

—Dios, que hedor —exclamó.

Crane y la muchacha se echaron hacia atrás. A través del hueco, se divisaban unas cosas blancas, de inconfundible significado.

Durante unos segundos, permanecieron inmóviles. Luego, Crane empujó a la muchacha hacia la escalera.

—Ve arriba y llama inmediatamente al Yard —ordeno—. Pídeles que localicen al inspector Browning. Lleva radio en su coche, pero también hay patrullas móviles. Di que es muy urgente que vuelva al Manor cuanto antes. Vamos, procura ser fuerte…

Melissa echó a correr.

—Me siento enfermo —dijo Been.

Crane se asomó a través del hueco, procurando dominar las náuseas que sentía. Allí había muchos huesos y ropajes rotos y desgarrados, y también podridos.

Y había un hombre tendido en el suelo.

Crane encendió un fósforo. Un escalofrío recorrió su cuerpo al darse cuenta de la muerte tan horrible que había sufrido Thomas Marston.

Por el costado izquierdo de su cuerpo asomaba el blanco trazo de un hueso. Debajo de Marston, había un gran charco de sangre, ya oscurecida.

En pocos segundos, Crane comprendió la verdad.

* * *

—Después de las cacerías, recogían los restos de sus víctimas y las traían al sótano, encerrándolas en la habitación secreta —dijo Crane más

tarde, en presencia del inspector Browning y de su ayudante—. Cuando se dio cuenta de que llegaban ustedes, presintió que el fin de sus tropelías estaba ya próximo, sobre todo, teniendo en cuenta que yo había conseguido escapar. El mejor sitio para esconderse, por tanto, era esta habitación secreta, cuya situación no conocía nadie, excepto él y su padre. Pero, con las prisas, tropezó de mala manera, cayó… y uno de los huesos de sus víctimas, astillado, se le hundió en el pecho.

Browning asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—No cabe la menor duda de que tuvo que suceder como usted dice —manifestó. Hizo otro gesto y añadió—: Los escépticos podrán hablar de la casualidad. Yo diría mejor que es un castigo de Dios, aunque pueda parecer exagerado.

Melissa suspiró.

—Ahora es cuando sí puedo considerar maldito este caserón. Nadie querrá comprarlo…

—Oh, no lo crea —contradijo Browning—. Nunca faltan chiflados con dinero, y lo que ha sucedido aquí, es más que suficiente para atraer el interés de algún tipo morboso. Y con dinero, por supuesto. No se desanime, señorita, venderá Harreldane Manor.

—Sin tesoro, sin capa con la clave del tesoro… —sonrió Crane.

—Era sólo una leyenda —dijo la muchacha.

Por cierto exclamó Browning. Usted pudo salvarse de los perros y, aun admitiendo que la idea de despistar su olfato fue buena, el caso es que consiguió correr más que nadie.

—Eso tiene una explicación muy sencilla —sonrió Crane—. Cuando el año pasado pasé casi cuatro meses recorriendo el país a pie, los primeros días me fatigaba muchísimo, porque no estaba habituado a andar tanto. Este año, a fin de evitar ese inconveniente, iba todos los días a Hyde Park y caminaba, en ocasiones, hasta veinte kilómetros. Cuando llegué aquí, por tanto, estaba en perfecta forma, aparte de los entrenamientos que hice durante casi cinco días en el sótano, ya que, de lo contrario, hubiera llegado al momento de la cacería con los músculos entumecidos. No soy un velocista, pero sí pude resistir bastante bien los primeros quinientos metros, que, en resumen, fueron los decisivos.

—Los otros no pudieron correr tanto —murmuró Browning—. Bien, ya he radiado al Yard los nombres de los socios de este club de cazadores de personas. Ahora los estarán cazando a ellos…

Los policías se marcharon a poco. Crane y la muchacha salieron al exterior.

—Melissa, si no consigues vender la casa, no te aflijas —dijo él. Ella le miró, procurando sonreír.

—Quizá el inspector tiene razón —contestó—. Tal vez un día surja un comprador, Barry.

—Lo deseo sinceramente. Y, otra cosa, Melissa.

—¿Si?

—Creo que convendría que empezásemos a pensar en nuestro futuro.

—¿Te refieres a un futuro común?

—Exactamente.

—Tendré que pensármelo, en efecto.

—Pero no tardes mucho. Melissa sonrió dulcemente.

—Creo que tomaré una decisión muy pronto —dijo. Súbitamente, apareció el arquitecto, con una pequeña arqueta en las manos.

—He encontrado algo interesante —sonrió—. Había un tabique en la habitación secreta. Volví a tomar medidas y encontré que era más corta de lo que indicaban los planos. Busqué un pico y…

Melissa se puso las manos en la cara. Crane abrió la arquilla. Estaba llena de monedas de oro.

—Melissa, es tuyo —dijo.

—Oh… —La muchacha se sentía muy nerviosa—. Harold tiene que tomar una buena parte… Él ha sido, en realidad, quien encontró el tesoro…

—Y la famosa capa roja, pero ya no quedan más que jirones podridos —añadió Been,

—Será mejor que volvamos adentro —propuso Crane—. Tenemos que hablar mucho, ¿no es cierto, Melissa?

Ella sonrió.

—Sí, Barry —contestó.

FIN